

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

el asesinato del profesor Lesgard

vic logan



El diecisiete de octubre de 1975, el profesor Lesgard, de la Fundación Maldein, era esperado con gran expectación en la sala de conferencias.

Paul Lesgard tenía algo importante que comunicar, al mundo; por ello, toda la prensa de la ciudad de Los Angeles, incluidos corresponsales de casi todas las agencias informativas, americanas y extranjeras, se habían dado cita en el amplio y bien acondicionado auditorium, propiedad de la fundación para la cual trabajaba el profesor.

Lesgard había descubierto la antidroga. Más que eso. El modo de que cualquier tipo de estupefaciente dejara de producir estragos en los adictos.



Vic Logan

El asesinato del profesor Lesgard

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1382

ePub r1.1

Lds 22.10.18

Título original: *El asesinato del profesor Lesgard*

Vic Logan, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



PRÓLOGO

El diecisiete de octubre de 1975, el profesor Lesgard, de la Fundación Maldein, era esperado con gran expectación en la sala de conferencias.

Paul Lesgard tenía algo importante que comunicar, al mundo; por ello, toda la prensa de la ciudad de Los Angeles, incluidos corresponsales de casi todas las agencias informativas, americanas y extranjeras, se habían dado cita en el amplio y bien acondicionado auditorium, propiedad de la fundación para la cual trabajaba el profesor.

Lesgard había descubierto la antidroga. Más que eso. El modo de que cualquier tipo de estupefaciente dejara de producir estragos en los adictos.

«Mi método no es, por supuesto, el único, pero sí estoy en condiciones de afirmar que es el más eficaz.

»No me pregunten nada. El día de la conferencia, lo expondré al mundo. Entretanto, permítanme que guarde el secreto.

»Soy consciente del peligro que esto puede reportarme. Los traficantes de drogas no querrán ver tambalearse su negocio. Por ello, he querido asumir yo sólo todo el riesgo.

»Aunque he estado trabajando en equipo, la solución final únicamente la conozco yo. El día 17 ya no será un secreto para nadie».

Éstas fueron las palabras que Lesgard había pronunciado en una rueda de prensa y que, posteriormente, fueron confirmadas por diversas cadenas de la televisión de Estados Unidos.

La expectación en aquel atardecer del día diecisiete de octubre estaba, pues, sobradamente justificada.

Lesgard llegó puntual, protegido por dos coches de policía de la

ciudad de Los Angeles, y varios motoristas uniformados.

Se decía también que varios miembros del FBI se hallaban situados en puntos estratégicos para salvaguardar la vida del conferenciante.

Cuando el profesor descendió del automóvil, un continuo relampaguear de *flashes* buscó su enjuta figura.

Lesgard saludó con la mano zurda y sonrió.

Los que se apretujaban, tratando de aproximársele, pudieron observar cómo el profesor llevaba enyesado el brazo derecho.

El teniente Cockhram daba instrucciones para que los policías uniformados impidieran que la turba de curiosos se aproximara demasiado a su protegido.

—¿Cómo se hizo esto? —preguntó alguien al teniente.

—Fue ayer. Un coche se le echó encima. Tuvo que saltar para no ser alcanzado.

—¿Un accidente?

—Yo creo más bien que fue un atentado. Se le pidió que suspendiera la conferencia, pero, mientras le estaban enyesando aseguró que no faltaría a su palabra. Tengo ganas de que esto acabe de una maldita vez.

En efecto. Apenas veinticuatro horas antes, saliendo del bar donde solía tomar su café, después de terminar su trabajo, un automóvil se lanzó a toda velocidad, tratando de embestirle. Lesgard pudo esquivarlo, pero en su caída se rompió el brazo.

Así lo había declarado en el hospital, donde llegó, acompañado por la única persona que transitaba por el lugar del suceso, y que se prestó a ayudarlo.

Cockhram recordaba la ambigua declaración del testigo.

—No, señor —había dicho el hombrecillo llamado Pendletton—. No vi el coche, sólo oí un brusco frenazo y una voz que pedía auxilio.

Lesgard aseguró:

—En efecto. Es una calle poco concurrida y el bar tranquilo. Voy allí todos Los días porque es el sitio más próximo que tengo del laboratorio. Vi el coche, pero no iba a mucha velocidad, y pensé que me daría tiempo de cruzar la calle, pero, de repente, aumentó la velocidad y vino hacia mí. No sabía qué hacer. Esperé y, en el último momento, salté como pude. Al caer, me di contra el bordillo

y... eso es todo.

El profesor no se veía demasiado afectado.

—Usted no debería andar sin protección —masculló el veterano Cockhram—. ¡Y además, va a pie!

—Me gusta pasear un poco, cuando salgo de mi trabajo. Es una sana costumbre.

—Usted lleva una bomba consigo, amigo. Una bomba, que puede estallar en cualquier momento.

—No ignoro que quieren matarme. ¿Sabe? Los descubrimientos nunca son buenos para todos. Lo harán de todos modos, tanto si me protegen como no. Los interesados en que mi secreto no se descubra son gente poderosa. Debería usted saberlo.

Luego, Lesgard añadió:

—De todos modos, espero vivir hasta mañana. Cuando lo que tengo que decir sea del dominio público, ya no tendrán motivos para hacerme desaparecer. A menos que quieran vengarse. De todos modos, es un riesgo que debo correr.

Lesgard se mostró en todo momento absolutamente tranquilo y sereno. Y era esa misma serenidad y campechanería la que exhibió al salir del coche y caminar hasta la sala de conferencias.

Todo se hallaba abarrotado por completo.

Lesgard saludó a todos desde el escenario, y seguidamente se sentó al otro lado de la mesa, donde depositó su portafolios, del que extrajo abundantes cuartillas, que distribuyó de modo que pudiera disponer de ellas fácilmente.

En un extremo de la mesa se hallaba el inevitable jarrón, lleno de agua, y un vaso.

Lesgard echó una mirada general al amplio recinto. Se hizo un silencio absoluto.

Al fondo, y a los lados de la sala, podían verse algunos policías de uniforme y de paisano. También desde la cabina de proyecciones un hombre observaba a la numerosa concurrencia.

En el interior y por los corredores donde se hallaban las dependencias privadas, varios agentes montaban guardia.

En uno de aquellos despachos, cerrados, había un hombre joven, vestido correctamente y atento a la disimulada ventana, desde la cual podía ver toda la sala.

El despacho disponía a su vez de tres pantallas de televisión, que

reflejaban lo que ocurría en el escenario y dominaban la sala general y el vestíbulo.

Al otro lado, otras tres pantallas controlaban los corredores. El hombre joven hizo unas comprobaciones y volvió al ventanal, cuyo disimulo estaba en forma de espejo policía. Desde fuera, el espejo era un adorno más, pero del interior aparecía como una gran pantalla natural.

El hombre joven manipuló una cámara, montada sobre un trípode, con abundante película virgen. La cámara estaba filmando.

El hombre joven sacó una «Magnum» en perfecto estado de uso y la dejó sobre la mesa, muy a su alcance.

Mientras la cámara seguía filmando, el hombre joven montó las tres piezas que componían el fusil de seguridad y mira telescópica. Todo lo hacía con la agilidad de un experto.

El profesor Lesgard comenzó a hablar.

En aquel momento, un subordinado de Cockhram se aproximó al teniente para decirle algo al oído.

El teniente, que se hallaba al fondo de la sala, salió precipitadamente y, ya fuera del recinto, vociferó:

—¡Vamos! Hay alguien en el despacho principal. ¡Maldita sea! Me aseguraron que las puertas estaban cerradas. Y esto ya no me gusta, desde el principio.

Junto con media docena de hombres, Cockhram subió la escalera hacia el segundo piso.

* * *

—No se trata de ninguna máquina especial —había empezado Lesgard—. Yo diría más bien que mi técnica, por demás sencilla, consiste en una especie de vacuna antidroga, que anula los efectos perniciosos de ésta y deshábítua al consumidor, sin producir alteraciones secundarias. Todo es inocuo, simple...

Mientras Lesgard proseguía, el teniente y su gente habían llegado hasta la puerta del despacho tras la cual se hallaba el hombre joven.

Cockhram dio una orden muda para que su gente tomara posiciones, mientras él se quedaba frente a la puerta.

Pero el oficial de la policía no tuvo que hacer nada para abrir

porque el hombre joven que estaba en el despacho apareció en el umbral, con la sonrisa a flor de labios.

Cockhram tenía su pistola automática en la diestra.

—¿Quién diablos es usted? —bramó.

—Tranquilo, teniente Cockhram. Pase. Usted solo.

—¿Pretende darme órdenes?

—Por supuesto que no, teniente —sonrió el otro, con absoluta tranquilidad—. Me temo que esa misión suya le viene un poco ancha. Si alguien quisiera atentar contra el profesor, lo habría hecho ya. Hay muchos escondrijos en el edificio, ¿sabe?

Cockhram, visiblemente irritado, pasó hasta el interior del despacho. Una ojeada le bastó para darse cuenta de que no había nadie más.

—Identifíquese —dijo, en tono autoritario.

—Tome usted —y el joven le mostró un carnet, que el teniente leyó rápidamente para repetir en voz alta:

—Detective Michael Bano. Detective privado. De Nueva York.

—Tengo licencia federal. Fui contratado por la Fundación Maldein. Y ahora, si quiere, pase usted. Pero solo. —Y sin aguardar respuesta, cerró la puerta, quedándose con el teniente.

—¡No lo entiendo! Nadie me dijo... —empezó el policía.

—No es culpa mía, teniente. Lesgard no deseaba ser protegido...

—¿Cuándo le contrataron a usted? —preguntó el policía.

—Ayer por la mañana. Llegué a Los Angeles por la tarde. Lesgard ya había sufrido el accidente. Desde ese momento, me preocupé de hacer un amplio reconocimiento de este local. Era todo lo que podía hacer.

—¡Maldita sea! A mí no me dieron tantas facilidades...

—Será porque la policía está un tanto desprestigiada. —Sonrió el detective, sin ánimo de ofender. El teniente se lo quedó mirando con el cigarrillo que acababa de encender incrustado en la comisura de los labios.

—A usted no le somos simpáticos, ¿verdad? ¡Pues mire que a mí los detectives sabiondos...!

—Ya supongo que no le caigo bien. Pero la culpa no es mía. Además, personalmente, no tengo nada contra la policía, teniente. Ustedes no tienen la culpa de todo lo que pasa. Las leyes no las redactan los policías.

—No sé si trata de tomarme el pelo o...

—Teniente... Ya hablaremos en otro instante, ¿eh? Tengo que seguir con mi trabajo...

La voz del profesor llegaba a la pequeña estancia a través de un altavoz que Mike Bano tenía amortiguado.

El conferenciante seguía explicando su descubrimiento. La antidroga ya no iba a ser un secreto para nadie.

Pero...

Todo sucedió muy deprisa. Primero fue un leve chasquido que llegó a través del altavoz, después un murmullo de voces. Un grito.

¿Qué ocurre?

El detective Mike Bano se precipitó hacia su pantalla natural. El policía observaba las distintas televisiones. Se había armado un revuelo enorme, pero lo más importante sucedía en el escenario. El profesor Lesgard se había llevado la mano al pecho. Se levantó un instante, sacó la mano llena de sangre, todo él chorreaba sangre... Cayó de costado, resistiéndose a morir.

—Le han disparado —exclamó Cockhram.

Bano permanecía inmóvil, observando la escena.

Dos policías uniformados habían subido al escenario.

Cockhram cambió una rápida mirada con Bano, que murmuró:

—Si tiene que dar alguna orden, hágalo desde aquí —le indicó un micrófono—. Esto está muy bien equipado.

Pero al teniente sólo se le ocurrió soltar:

—¡Maldita sea! Ante nuestras propias narices... Luego salió disparado hacia la sala principal, donde otros agentes trataban de contener a la gente, mientras alguien gritaba:

—¡Una ambulancia! ¡Que llamen una ambulancia!

—¡No se acerquen, por favor! No se acerquen...

Todavía reinaba la confusión cuando sonó la sirena de la ambulancia.

Aquella misma noche se extendió la noticia: El profesor Lesgard, mortalmente herido en el atentado, expiró en la misma ambulancia que le trasladaba al hospital.

El dieciocho de octubre, o sea al día siguiente, todos los informadores, testigos excepcionales del asesinato, coincidían en un detalle.

«Lesgard nos habló de la perfección de su sistema antidroga,

pero la verdad es que murió antes de especificar en qué consistía su invento. Si existe una fórmula, el profesor se la llevó consigo a la tumba».

El vicepresidente ejecutivo, Martin B. Barnes, de la Fundación Maldein, fue tajante en sus posteriores declaraciones:

—De verdad, señores. Este asunto lo llevaba personalmente el profesor Lesgard. Sólo él podía demostrar la veracidad de su descubrimiento, y esto ya no es posible ahora.

Martin B. Barnes, el pegajoso, como solían llamarle muchos, había llegado a su privilegiado cargo gracias a su boda, con la poco agraciada Marina Maldein, hija del presidente y fundador de la casa.

Marina compensaba largamente su carencia de belleza con la envidiable bolsa de su padre.

Marina deseaba un marido y Martin un nombre, un puesto y dinero para vivir bien. Ambos consiguieron sus deseos, por lo que nada podían reprocharse.

Cuando Martin se hubo quitado de encima a los informadores, lanzó un bufido y se dirigió a la estancia contigua, donde le esperaba su mujer. Era uno de los raros días en que iban a salir juntos.

—¡Uf! Este asunto empieza a ser desagradable —bufó él.

—Yo diría que extraño, Martin —puntualizó la esposa, sin darle demasiada importancia.

—¿Por qué dices eso, «querida»?

—¿Qué he dicho?

—Has mencionado la palabra «extraño».

—Sabes que jamás me meto en tus cosas, querido, pero Lesgard me caía simpático.

—¿Tenías tratos con Lesgard?

—Estuvo un par de veces en casa, tomando el té. Claro, como tú apenas estás... Pero te lo dije. Me gustaba su aplomo, su seguridad. Creo que era inteligente y esto no es muy corriente en nuestro tiempo.

La observación, a Martin, le sentó como una indirecta. Iba a decir algo, pero Marina añadió:

—Tú dijiste que le habías procurado una buena protección.

—Y es cierto. Espero el informe del detective que contraté. El

mejor.

—Un informe no devolverá la vida a Lesgard.

—Ciertamente, pero ya nada se puede hacer. Lesgard nunca quiso protección.

—Sí, todo esto es muy extraño. ¿No opinas igual? Bueno, no importa. Como bien has dicho, ya nada se puede hacer... —Y Marina, con una frivolidad rayana en el desprecio, se revolvió, altiva, iniciando la marcha. Martin la miró un instante y, encogiéndose de hombros, optó por seguirla, sin hacer ningún otro comentario.

CAPÍTULO PRIMERO

21 de diciembre de 1975

En Phoenix, capital de Arizona, cerca de setecientos kilómetros de Los Angeles, el «Porsche» de Martin B. Barnes se encaminaba hacia el norte de la ciudad, buscando la Easy Lane Street, a la altura del Canal.

Con el vicepresidente ejecutivo de la Fundación Maldein viajaba también el teniente Cockhram, que, tratando de taladrar la oscuridad a través del parabrisas, señaló:

—Al final. A la derecha.

—¿Seguro que es aquí? —inquirió Martin, deteniendo el vehículo ante la entrada de un hotelito, rodeado de la vegetación propia de ese estado.

—Sí. Es mejor que meta el coche dentro —replicó el policía.

Martin hizo rodar el coche por entre dos hileras de cactus mediados, que bordeaban un estanque. Al fondo, estaba la construcción de tres plantas. Era un edificio enorme y sólido, de aspecto colonial.

Cuando Martin hubo detenido el «Porsche» a pocos metros de la breve escalera que daba acceso a la puerta principal, Cockhram repitió algo que ya había advertido al principio de aquel largo viaje.

—Yo no tengo jurisdicción aquí. Usted lo sabe. Pero puedo hablar con el *sheriff* y...

—No —cortó Martin—. De momento, deje que yo lleve este asunto a mi manera.

—Me estoy saltando muchas leyes, señor Barnes, y espero que todo sea para bien, pero si las cosas se complican, tendré que llenar

un grueso informe. No lo olvide.

—Yo me juego más que usted, Cockhram. Mucho más. No lo olvide tampoco.

El policía gruñó algo ininteligible, y ambos hombres salieron del coche y se dirigieron a la entrada del hotelito. Al lado de la puerta, una reluciente placa anunciaba:

CLINICA-RESIDENCIA PRIVADA

Dr. De Soto

La joven y hermosa mujer que les atendió dijo ser la doctora Adams, ayudante del doctor De Soto, que en aquellos instantes se hallaba ausente de la Clínica-Residencia.

Martin Barnes se presentó a su vez como señor Morgan, y «Un amigo», y se interesó por el estado de uno de los pacientes internados en la clínica.

—Me informaron de que tienen ustedes a un amigo mío. Se llama Michael Bano.

—En efecto —repuso la doctora—. Lleva bastante tiempo aquí. Espere, consultaré la ficha de entrada. Tengan la bondad...

Les condujo hasta un bien amueblado despacho, cuya decoración concordaba perfectamente con el estilo de la casa.

Extrajo la doctora un sobre de un archivador automático. Todo en aquel centro daba la sensación de funcionar en el orden más perfecto.

Sentados al otro lado de la mesa, los dos visitantes aguardaron el informe, que no se hizo esperar.

—Su amigo ingresó el día diecinueve de octubre, a las once de la noche. Sí. Recuerdo perfectamente cómo lo trajeron. Había sufrido un accidente.

Martin y el policía cambiaron una rápida mirada. Cockhram quiso saber:

—¿Qué clase de accidente?

—De automóvil... Bueno, la cosa no estaba muy clara, por las circunstancias. Así que el doctor De Soto, una vez atendido al herido, prefirió informar al *sheriff*...

—¿A qué circunstancias se refiere? —volvió a preguntar el policía.

—¿Son ustedes parientes? —inquirió la doctora, a su vez.

—No, no. Sólo amigos. Muy amigos —insistió Martin Barnes.

Cockhram hubiera podido añadir que había descubierto aquel sitio gracias a las indagaciones que realizó de forma extraoficial, facilitadas por su cargo en la policía de Los Angeles, pero naturalmente no lo hizo.

La doctora Adams decidió proseguir:

—Bueno. No hay razón para que no lo sepan. Verá, su amigo, el señor Bano, fue atropellado por un automóvil, en Conway Lane. No hay testigos, pero, por lo que se pudo averiguar, tuvo que ser al oeste de esa calle.

—«Conway Lane» —repitió el policía, y la doctora prosiguió:

—El causante del accidente no quiso darse a conocer. Llamó, dijo que traía un herido, y nos dejó un paquete y una nota. Todo fue muy rápido y, desgraciadamente, la enfermera que le abrió la puerta no recuerda ninguna facción de esa persona. Desde luego, era un hombre que habló en voz baja, y se fue corriendo al coche con el que, sin duda, había traído al herido. Tampoco tenemos datos del automóvil, ni de la matrícula. De cualquier forma, tal vez el *sheriff* pueda informarles mejor, pero quizá ustedes prefieran conocer la evolución clínica de su amigo.

—Por supuesto —asintió Martin—. Dos meses es mucho tiempo para un simple accidente.

—No fue un simple accidente —se apresuró a rectificar la doctora Adams.

—¿Grave? —preguntó Martin.

—Por lo que se refiere a las heridas exteriores, en un par de días hubiera estado en condiciones de abandonar la clínica y reponerse en su propia casa, pero recibió un tremendo *shock*. Un trauma cerebral, que le mantuvo inconsciente por espacio de tres semanas. Luego, despertó con evidentes muestras de amnesia.

—¿Amnesia? —adujo Cockhram—. ¿Quiere decir que no recordaba nada?

—En absoluto. Ni siquiera su nombre. La primera semana fue bastante dura; luego, poco a poco, ha ido reanimándose, pero siguen existiendo ciertas lagunas en su mente. El doctor De Soto confiaba en poder hablar con algún pariente suyo, pero, hasta el momento, nadie había venido a preguntar por él.

—¿Y durante todo este tiempo le han curado gratis? —preguntó Martin.

—El paquete que dejó el hombre contenía dinero. Cinco mil dólares. En la nota adjunta se decía: «No me comprometan y hagan lo que puedan por él. Le he atropellado. Ha sido un accidente».

—¿Tiene esa nota? —preguntó Cockhram, con interés profesional.

—El original se lo dimos al *sheriff*. Guardamos una fotocopia. Tome.

El policía examinó la letra, hecha con evidente apresuramiento, y devolvió la fotocopia a la doctora.

—Si quieren hablar de los gastos, ya lo harán con el doctor De Soto. Particularmente, les agradecería que me facilitaran las señas de la familia del señor Bano. Es para tratar de su total curación. El doctor De Soto conoce a buenos especialistas y asegura que su caso es de fácil solución, si se le dedica el tiempo adecuado, pero el tratamiento cuesta dinero.

—¿Cómo está ahora? —preguntó Martin.

—Por supuesto, mucho mejor que cuando despertó. Le avisaré que están ustedes aquí. Quizá puedan ayudarle. La presencia de caras conocidas suele ser un factor importante. De cualquier modo, no le fuercen demasiado. Disculpen —se levantó y añadió—. Siganme. Está en la otra ala del edificio. Es donde tenemos a los enfermos convalecientes. Aquí están mucho mejor que en un hotel.

Mientras seguían a la doctora Adams, tuvieron ocasión de comprobar el exquisito cuidado de los detalles. Era, sin duda, una clínica cara, aunque no fuera precisamente esto lo que les preocupaba en aquellos momentos, sino el hecho de que Bano estuviera allí, y la forma como había aparecido.

Cockhram lo comentó en voz baja:

—La última vez que le vi fue en aquel despacho de la fundación el día de la conferencia de Lesgard.

—Yo le esperaba al día siguiente y ya no apareció.

Pensé que... —no concluyó la frase. La doctora seguía al frente y se desvió por otro corredor a la derecha hasta indicarles un salón.

—Pueden esperar aquí. Ha dicho que se llama usted Morgan, ¿verdad?

—Sí.

La doctora se volvió hacia el policía, como inquiriendo su nombre, pero Martin Barnes añadió:

—Por favor, quisiéramos hablarle a solas. ¿Podrá ser?

—Por supuesto.

—Existe la posibilidad de que no me recuerde —dijo Barnes.

—Desde luego.

—Aun así... podremos hablarle, ¿verdad?

—Sí. Pero recuerden. Nada de esfuerzos. Estos asuntos son delicados. Con permiso.

La doctora Adams desapareció del salón y los hombres la siguieron con la mirada hasta que se detuvo en una de las puertas del corredor. Llamó un timbre e instantes después, alguien abrió. La doctora entró en la habitación para salir al cabo de unos segundos. Desde allí mismo les hizo una seña, indicándoles que podían ir.

Martin y Cockhram obedecieron. Ella permaneció junto a la puerta hasta que los dos estuvieron allí.

—Es aquí. Pueden pasar. —Y dio la vuelta, con intención de dejarles. Sólo se volvió para decir—: Antes de que se vayan, hablaremos. Llámenme por el interfono. El señor Bano ya les indicará. Hasta luego y suerte.

La doctora se alejó definitivamente y los dos hombres se metieron en la estancia.

En el centro del salón, en pie, fumando un cigarrillo, estaba el hombre al que buscaban: Mike Bano. Habían hecho más de seiscientos kilómetros para encontrarlo.

Bano había desaparecido dos meses antes.

CAPÍTULO II

Mike Bano no exteriorizó la menor emoción, cuando la puerta se hubo cerrado tras sus dos visitantes.

Martin Barnes llegó a pensar que el enfermo no le recordaba. Se aproximó, tendiéndole la mano, al tiempo que murmuraba:

—Por razones obvias, he dado un nombre supuesto a la doctora. He dicho que me llamaba Morgan, pero supongo que usted me recuerda. ¿Verdad, señor Bano?

Antes de contestar, Mike miró largamente a su interlocutor y después desvió los ojos hacia el policía. Al fin, dijo:

—Sí, señor Barnes, le recuerdo. Y a usted también teniente. Yo era bastante buen fisonomista, antes. Es una cualidad que, por lo visto, no he perdido. Siéntense, por favor.

Les indicó el diván y respectivos sillones que componían el tresillo.

—Si quieren beber algo, llamaré para que se lo traigan —dijo.

—Me gustaría tomar un buen trago —confesó Barnes—, pero no es la mejor ocasión. Tenemos muchas cosas de qué hablar.

—Lo supongo. Pero me temo que no podré satisfacer demasiado su curiosidad.

—La doctora nos dijo... —empezó Martin, pero Mike Bano atajó enseguida.

—Desperté hace un mes, sin saber siquiera cómo me llamaba.

—Pero ha ido recordando —adujo el teniente, que hasta aquel momento había permanecido en silencio.

—No todo lo que quisiera —repuso rápidamente Mike Bano.

—¿Sabe cómo llegó hasta aquí? —volvió a preguntar el teniente.

—No. Esto no lo sé. Únicamente que desperté en un lugar extraño, y deduje que era una clínica antes de que me lo dijeran,

pero ni sabía cómo había llegado, ni quién diablos era yo... Cuando me explicaron que estaba en Arizona, ni siquiera reaccioné. Luego, poco a poco, he conseguido ir colocando algunas piezas del *puzzle*. De todos modos esperaba que usted me encontraría antes, señor Barnes.

—Empecé a buscarle desde el día siguiente al asesinato de Lesgard. Había desaparecido, sin dejar rastro, de las señas que me dio. No ha sido culpa mía si Cockhram no ha conseguido localizarle antes.

—Bien. Es evidente que no pretendían matarme. Sólo les interesaba una cosa. La película...

—¿Se la robaron? —preguntó Barnes, descorazonado.

—Si han venido a buscar la película, han viajado en vano.

Intervino el teniente para puntualizar:

—La película que usted tomó desde aquel despacho, podía aclarar muchas cosas, según como estuviese tomada.

—Estaba perfectamente rodada, teniente, y en verdad hubiera podido verse al asesino. Eso debieron pensar, y por eso les faltó tiempo para robármela. Pero yo me pregunto. ¿Quién más, excepto ustedes, sabía que yo estaba allí? ¿Y si lo sabían, por qué dejarme vivo, una vez conseguidos sus propósitos? ¿Qué opina usted, teniente?

—Que no han querido matarle, salta a la vista. Planteadas las cosas así, cabe pensar que le secuestraron, le llevaron hasta aquí y fingieron un accidente.

—Y así ha sido.

—¿Es eso lo que pretende que creamos? —Cockhram utilizó un tono profesional y autoritario.

—¿Cree que estoy mintiendo, teniente?

—¿Y por qué no? Esa película es un documento muy valioso.

—Para el asesino —sonrió Mike Bano.

—¡Naturalmente!

—¿Cree que trato de encubrir a un asesino?

—No he venido para jugar a las adivinanzas, Bano —el policía perdía el aguante, y Martin impuso paz.

—Sin excitarse. Bano está enfermo. La doctora nos advirtió.

—Se puede fingir cuando se es un experto, y usted me aseguró que Bano es experto en muchas cosas.

—Bueno, calma. Le dije que quería llevar este asunto a mi manera. Yo confío en Mike Bano. Confío plenamente. Es un buen profesional. —Y se volvió hacia él, con mirada halagadora.

—Su confianza no logra enternecerme, señor Barnes. En primer lugar, recurrió usted a mí demasiado tarde, y recuerde que le advertí las dificultades. En segundo lugar, se presenta ahora acompañado de un policía. ¿Cree que esto puede impresionarme?

—Oiga, Bano. No lo hice con la intención que usted supone. Pensé que podría encontrar dificultades. El teniente podía serme útil, poniéndose en contacto con la policía de aquí...

—Muy previsor —sonrió Bano.

—Digo la verdad. Y si tiene usted algo que comunicarme a solas, Cockhram saldrá de la habitación. Todo es extraoficial. ¿Comprende?

Tras un silencio, el paciente comentó:

—Se me contrató para proteger a Lesgard. Fracasé, y me robaron la película que, si no podía devolver la vida del profesor, al menos podía ayudar a identificar a su asesino. Total, no tengo nada que ofrecer, así que... ¿Con qué esperan que pueda ayudarles?

—No sé... recordando cosas... Por ejemplo, ¿cuándo y dónde le atacaron? ¿Vio algo o a alguien...? ¿Recibió algún anónimo?

—Eso tampoco resolvería el problema, señor Barnes.

—Podríamos recuperar la película.

—¿Al cabo de dos meses? No. Deben haberla destruido.

—O quizá alguien pueda utilizarla para hacer chantaje —adujo el teniente.

—En tal caso, que intervenga la policía de un modo oficial. No es asunto mío.

—¿Se niega a colaborar? —inquirió el teniente.

—Tómelo como quiera.

—Escuche, Bano... —empezó el teniente, pero Mike le atajó, cortante.

—No, escuchen los dos. Alguien me ha estropeado un trabajo. He perdido dinero y he salido lesionado.

Yo no hago las cosas gratis. Si sigo con esto, será para que alguien lamente el día que nació. ¿Comprenden? Lo que pueda hacer, en adelante, no me producirá un solo centavo de beneficio, pero si consigo recordar... —dejó la frase en el aire.

—Me quedaré aquí durante algunos días —aseguró Barnes, poniéndose en pie—. Le llamaré desde el hotel Washington. Si recordara algo que pudiera ser útil... No importa ya que su trabajo fracasara; tenía usted razón, le avisé demasiado tarde. Con eso quiero decirle que estoy dispuesto a pagarle todo lo convenido...

—Gracias. No acepto limosnas.

Aquí, el policía saltó como una liebre.

—Sin embargo, alguien pagó por usted cinco de los grandes para que le atendieran.

—¿Y eso qué prueba?

—Que nadie regala tanta «pasta» por nada.

—Claro, teniente. ¿Sabe lo que pasó, en realidad? Me puse en contacto con un compinche, fingimos el accidente, y yo seguí con la amnesia para poder quedarme con la película. ¡Cielos! ¿No habría sido más fácil desaparecer de verdad por una temporada o decir simple y llanamente que me habían robado la película y marcharme tan tranquilo?

—Tiene razón —admitió Barnes.

—Se nota que no está acostumbrado a tratar con delincuentes —adujo el teniente—. Pero yo descubriré la verdad de todo, Bano. No le quepa duda de que llegaré hasta el final.

—Yo también, teniente. Yo también —aseguró el enfermo.

* * *

A solas nuevamente en la pequeña *suite* de la clínica-residencia, Bano recordó, una vez más, lo ocurrido cuando regresó al hotel de Los Angeles, donde se había instalado.

Había salido poco antes de la Fundación Maldein y, a pie, en cinco minutos, estaba ya en la habitación. Desde allí llamó a un laboratorio fotográfico.

—Sí. Son varios rollos. Es urgente. ¿Podría tenerlo mañana por la mañana? Estoy dispuesto a pagar un buen suplemento...

Colgó cuando le aseguraron que harían lo posible para tener lista la película lo antes posible.

Se disponía a salir de la habitación, cuando recibió una inesperada llamada.

—Bano. No haga preguntas. Sé quién es usted y el motivo por el

que se halla en Los Angeles. Sé lo que ha estado haciendo en la Fundación Maldein, así que iré directo al asunto y nos ahorraremos tiempo.

Tras una breve pausa, que Bano no interrumpió, la voz, de una gravedad disimulada, prosiguió:

—Quiero la película que ha tomado. Podría conseguirla a la fuerza, pero estoy dispuesto a pagársela. Le doy cinco mil, tal como está.

—Si me ofrece cinco mil es que para usted vale mucho más. Suba el precio y quizá me avenga a negociar.

En aquellos momentos, ni por un millón hubiera vendido el negativo, al menos, sin haber visto lo que había quedado impresionado.

La voz fue tajante:

—Cinco mil es mi última oferta. Si no acepta, peor para usted. Tendré la película por otros métodos. Y la tendré esta misma noche. Está usted estrechamente vigilado, Bano. Decídase rápido.

—No me da usted muchas alternativas para elegir.

—Esta noche, a las once, junto al estanque de Las Lomas. Tiene dos horas de tiempo. Utilícelas bien. Recuerde que no dará un solo paso sin control. No haga tonterías. A las once, le espero con cinco mil pesos, a cambio de la película. —Y la voz quedó cortada por el chasquido indicador de que el auricular de su interlocutor había sido colgado.

Aquí sus recuerdos, del todo claros, quedaron interrumpidos con la llamada de la doctora Adams.

Atrayente siempre y misteriosa a ratos, tenía algo que fascinaba a Mike.

Sí. Eva Adams, joven e inteligente, había conseguido interesar al detective.

—¿Le molesto? —sonrió de manera turbadora.

—Usted nunca molesta, Eva. Al contrario. Pero debería estar enojado con usted. Me prometió que una tarde saldríamos por los alrededores.

—He estado muy atareada, Mike. Usted lo sabe. A veces, pienso que me espía.

—Es bonito observar todo lo interesante. A veces, la vida tiene sus compensaciones.

—No he venido para que me piropee, Mike. Le prometo que saldremos una de estas tardes. Ahora, sólo quería decirle que su amigo Morgan se ha comprometido a satisfacer todos los gastos extras, si se somete usted al tratamiento psiquiátrico de que le habló el doctor De Soto. Se ve que su amigo le aprecia mucho.

—Si Morgan me lo hubiera dicho a mí, le hubiera contestado que puedo costearme ese tratamiento...

—No creo que haya pretendido ofenderle, Mike...

—No, claro. Morgan tiene tanto dinero que piensa que lo puede comprar todo... ¿Sabe una cosa, Eva? Últimamente he conseguido hilvanar mejor mis ideas. Sé bastante de mí mismo. Desgraciadamente, me falta lo más interesante, pero dudo que un psiquiatra pueda hacer una luz en mi mente, con la rapidez que yo la necesito.

—Me alegro que haya recordado más cosas, Mike, pero insisto en que ese tratamiento le sería de gran utilidad.

—Puede que acepte, pero no será Morgan quien pague...

—Parece que no le tiene usted mucha simpatía.

—Digamos que me es indiferente.

—Entonces, ¿no son amigos?

—Morgan... es un cliente mío.

—¡Ah! Un cliente...

—Sí, Eva. Vendo algo muy especial. Me vendo a mí mismo. Bueno, un poco de mí mismo, y él compró algo.

—Un poco complicado, ¿no? Bueno, ya me lo contara la tarde en que salgamos.

—Que sea pronto, Eva —sonrió él.

CAPÍTULO III

Mike y Eva salieron justo a la mañana siguiente, lo cual causó una alegría al convaleciente. Prolongada satisfacción, pues ella había preparado unos bocadillos, con el fin de pasar juntos todo el día.

—Casi nunca me tomo fiesta, y el doctor De Soto me ha recetado todo el día.

—¿Y por qué trabaja tanto?

—Porque me encanta el trabajo. En realidad, para mí es como un *hobby*. Me encanta la Medicina, porque es una profesión sin límites. Nunca se sabe lo bastante. Te mantiene en un continuo desear aprender cosas nuevas. Cada día aparecen nuevos descubrimientos, nuevas técnicas, nuevos avances que, por desgracia, nunca son suficientes, pero hay que estar al corriente, ponerse constantemente al día, renovarse... ¡Oh, cielos! No hago más que hablar y hablar de mis cosas. Seguro que le aburro, pero lo cierto es que, cuando toco el tema, me embalo sin darme cuenta... Y nos toca hablar de usted...

Sonrió, volviéndose un instante hacia él para poner nuevamente su atención en la carretera por la cual Eva Adams conducía su automóvil.

—Al contrario. No me cansaría de oírla, Eva. Tiene una voz muy agradable.

—Usted me está halagando siempre, Mike. ¿De verdad hay algo que no le guste de mí?

El detective la rodeó con el brazo y le susurró:

—Para, por favor. Tengo ganas de besarte.

Eva obedeció, de manera maquinal, y un segundo después, ambos estaban unidos por las bocas, un largo y deseado beso.

El *claxon* de un automóvil les volvió a la realidad, y Eva se dio

cuenta de que se había detenido en medio de la carretera.

El beso se repitió en un lugar más tranquilo y absolutamente solitario.

Luego, hablaron y hablaron. Y Mike contó, a grandes rasgos, algunas cosas de su trabajo, y ella. —Eva— a través de sus palabras, se mostró casi transparente e ingenua. No había nada misterioso en ella. Sin familia, Be Soto la había protegido, facilitándole los estudios y luego dándole la oportunidad, de trabajar en su casa.

—Para mí, Steve es como un padre. En realidad, al mío apenas le conocí, y ahora todo lo que soy se lo debo a Steve De Soto. Por eso estoy aquí, y nunca se me ha ocurrido cambiar de aires. Bien, dicen que nada es eterno, pero estoy bien con él. Pero ya estoy otra vez hablando de mí misma. ¿Y tú? Tu trabajo también debe gustarte.

—A veces, tiene mucho de rutina, no creas. Pero es bien pagado y, cuando uno empieza siendo un don nadie, acaba por cogerle afición al dinero. Yo no he tenido protectores. Todo lo que sé, lo he aprendido de mayor, con lo que ganaba en lo que iba saliendo. Luego, las cosas fueron cambiando y... Pero ¿por qué diablos hablamos tanto?

Se volcó sobre ella para besarla de nuevo. Eva se estremecía entre sus brazos, gozaba del momento amoroso. Mike pensó que no habría salido con muchos chicos. Posiblemente, incluso era virgen.

Pasearon por el parque natural. El sorprendente e indescriptible Cañón del Colorado ofrecía la majestuosa belleza, que ambos contemplaron largo rato, sentados frente a uno de los miradores.

—Tu trabajo debe ser peligroso —dijo ella.

—A veces. Hay que andar listo.

—Mike —comentó ella, tras otro silencio—. ¿Crees que tu accidente ha tenido algo que ver con tu trabajo?

—Estoy seguro de que sí.

—¿Lo sabes?

—Me secuestraron en Los Angeles y aparecí aquí.

—¿Y no lo denunciarás a la policía?

—No.

—¿Por quid te secuestraron? —insistió ella, sin, comprender demasiado.

—Porque les interesaba quitarme algo que yo tenía.

—¿Y... te lo robaron?

—Sí.

—¡Oh!

—Bueno, me quitaron algo. Pero no lo principal.

Eva sonrió, y Mike Bano recordó fugazmente lo que ocurrió aquella noche, tras la llamada anónima que había recibido, conminándole a entregar la película.

Eran entonces las nueve, y Mike salió del hotel, con una cartera portafolios en la mano. No tardó en comprobar que era seguido por alguien. Dejó que su sabueso fuera detrás, hasta que empezó el juego.

El juego consistió en dar vueltas y más vueltas por determinado sector de la ciudad, acelerando continuamente la marcha, para terminar corriendo a pleno pulmón.

Naturalmente, Mike Bano era el que dominaba la situación. Una y otra vez, pasaba por los mismos sitios, una y otra vez cruzaba las mismas calles, subía los mismos peldaños, entraba y salía de los callejones, y siempre más aprisa, más aprisa, más aprisa.

Mike había calculado bien el esfuerzo, pero su seguidor acabó sin poder resistir, quedó agotado en un rincón, y cuando quiso continuar, era demasiado tarde, porque Mike había logrado su propósito. Despistarle por completo.

Después, utilizó diferentes conductos y medios de locomoción para asegurarse de que no era víctima de un segundo sabueso. Y cuando tuvo la certeza de que nadie se ocupaba de él, fue al laboratorio fotográfico a entregar el negativo.

Instó una vez más en la urgencia y dejó algún dinero como prueba de generosidad.

—Tome esa nota. Es el lugar donde tienen que mandar la película, caso de que yo no pueda venir a buscarla personalmente.

—Pero dijo usted que le corría prisa...

—Sí, sí, eso dije, pero no aseguré que vendría yo. ¿Eh? Lo importante es que trabajen rápido. Guarde bien esas señas. Hasta la vista...

Había tomado la precaución de dejar unas señas solo «por si acaso», aunque en verdad estaba lejos de suponer lo que se avecinaba.

Regresó al hotel, tomó el coche que había alquilado para su

estancia en Los Angeles y se dirigió hacia el parque de Las Lomas.

—Alejado del centro, y solitario a aquellas horas, el parque estaba, además, sumido en la oscuridad. Sobre todo en la zona del estanque.

Las luces del coche que Mike conducía, barrieron el lugar, sin que el detective pudiera descubrir a nadie.

Dio una segunda pasada unos diez minutos más tarde, surgiendo por otro sendero, y entonces creyó ver a alguien. Detuvo el coche y apagó las luces, esperando en el interior del vehículo.

Una sombra se aproximó sin la menor precaución. Mike miró a los lados y hacia atrás y no vio a nadie más. Salió del auto, con la cartera portafolios en la mano. Quería saber algo más acerca del autor de la llamada, por eso hizo de anzuelo con un cebo trucado, porque la auténtica película ya estaba rebelándose en el laboratorio, y la que él llevaba en el portafolios era un simple rollo de película virgen.

—¡Soy Mike Bano! —dijo, aproximándose al hombre que le salía al encuentro.

Y eso era lo último que recordaba. Su propia voz gritando su nombre, y la silueta irreconocible de la persona que iba a su encuentro.

Luego, la vida sé reanudaba en la habitación de la clínica del doctor De Soto, donde había despertado, un mes después.

—Entonces... ¿Tú tienes esa película? —preguntó la doctora Eva Adams.

—Sí. Y puede que esto sea el motivo por el cual sigo vivo. Seguramente, aquella gente pensaba liquidarme, pero debieron descubrir a tiempo que aquel rollo de película no era la que querían, y decidieron respetar mi vida.

—¿Y por qué crees que te trajeron justamente a Arizona?

—Seguramente para sacarme de California.

—Si el que te trajo a la clínica era uno de tus enemigos... ¿sabe que estás aquí! Puede encontrarte.

El detective sonrió.

—Claro que sí. Y apuesto a que estoy sometido a vigilancia.

—¿Tú crees? —Y Eva miró en derredor, de forma instintiva.

—Es posible que aquí, y en este momento, sólo estemos tú y yo, pero pueden vigilarnos a distancia. No sé... desde cualquier sitio. —

Y señaló los lejanos picos de las montañas, los oteros, los mil lugares desde donde se puede acechar, ayudado de unos potentes prismáticos.

—Nos han pasado algunos coches por la carretera —recordó Mike—. Y ahí se acerca un helicóptero. ¿Sabes, acaso, si no me espían?

—¡Dios mío! Conseguirás darme escalofríos...

—No temas, no me harán nada. Les intereso vivo. Es posible que sepan lo de mi amnesia...

—Pero ¿quién puede habérselo dicho?

—Eva... Quiero pedirte que me ayudes. Sé que puedo confiar en ti y lo que voy a pedirte no te supondrá ningún peligro...

—¿Qué puedo hacer?

—Abrir bien los ojos y los oídos. Escucha hasta allí donde yo no pueda hacerlo. Averiguar si entre la gente que entra y sale de la clínica, hay alguien que muestre interés por mí. Alguien que despierte sospechas. Empieza hoy mismo dándome la lista del personal, su antigüedad y lo que opines de ellos.

—Esto no me costará nada hacerlo, Mike. Si crees que puede servirte...

—Estoy seguro de que me servirá.

Cuando regresaron, Mike sentía la satisfacción natural de haber estado con una mujer y, además, de haberse procurado una colaboradora.

CAPÍTULO IV

Aquella noche, Mike Bano repasó la lista del personal que la doctora Adams le había facilitado. Ella estaba a su lado, haciéndole las indicaciones pertinentes.

—Las cuatro mujeres ésas son de la limpieza. Llevan varios años en la clínica. Ya estaban cuando yo vine. Creo que puedes descartarlas.

—Bien... Sigamos. Esa Ingrid.

—Ya no trabaja aquí. Era enfermera, de origen noruego. Tenía demasiada aceptación entre la clientela masculina y, según he oído, ella no tenía un no para nadie.

—Buena recomendación.

—Sí, pero a Steve no le gustaba, y prescindió de sus servicios. Todavía sigue en la lista. Bueno, en realidad, ha sido la única baja desde que yo estoy aquí. Si no recuerdo mal, ella se marchó a poco de ingresar tú.

—Descartada. ¿Quién hay más?

—Los doctores Malcolm y Danek. Llevan algún tiempo. El más nuevo es el anestesista Barlok. Lleva algo más de un mes con nosotros.

Mike frunció el ceño.

—Bueno, lo trajo el doctor De Soto.

—En ese caso... sigamos. —Pero Mike Bano quedó pensativo. Ella lo advirtió y esperó a que el joven expresara lo que se le había ocurrido.

—Oye... Sé que me has hablado muy bien del doctor De Soto, pero... conoces sus costumbres. El no viene mucho por aquí. Debe dedicarse a otras cosas. Conozco médicos que tienen negocios.

—¿No irás a sospechar de él?

—Alguien tiene que estar vigilándome, Eva. No me trajeron aquí al buen tun-tun.

Necesitaban un lugar de confianza.

—Steve jamás se prestaría a...

—Perdona, Eva. No he querido molestarte. Sé lo que aprecias a De Soto...

—No le conoces bien; de lo contrario, ni siquiera te hubiera pasado por la imaginación.

—De acuerdo. Tiene que haber alguien. Comprendes mi punto de vista, ¿verdad? ¿Aceptas que no me hicieron viajar seiscientos kilómetros para dejarme en este centro por casualidad?

—Sí, sí... Admito que tienes razón...

—Entonces, cualquiera de aquí... —Se quedó mirándola fijamente y Eva reaccionó.

—También podrías sospechar de mí... —Y ante el silencio de Mike, añadió—: Quizá se te ha ocurrido ya... ¡Oh, Mike! No puedes pensar...

—Tranquilízate. Cuando trabajo, ¿sabes?, sospecho de todo el mundo, y por eso sigo vivo —sonrió—. Pero no... No sospecho de ti.

Se hizo un silencio. La mirada de la joven doctora se turbó. Parecía haber perdido todas las ganas de ayudar a Mike. Por fin, murmuró:

—¿Quieres que sigamos?

—Desde luego.

—Hay un jardinero. A veces, viene alguien que le ayuda, pero nunca entran en la casa, ni hacen preguntas —explicó ella—. Luego, están las dos enfermeras, Silvia y Hallen. Las conozco, aunque si me preguntas lo que hacen cuando salen de aquí, no podré contestarte.

—Es lógico.

—Está la señorita Andrews. Es enfermera de quirófano. Muy eficiente. Es una solterona. A veces pienso que intenta pescar a Steve, pero él no le hace ningún caso.

Luego, seguía el encargado de la manutención de las instalaciones y dos enfermeros. Aquí terminaba la lista.

—Tú les conoces a todos de vista. Si has notado algo extraño en ellos... —adujo la muchacha.

—Al principio, Eva, no podía fijarme en nada. Tenía la mente demasiado revuelta. Es desde hace poco que he empezado a atar cabos.

—Comprendo... —Y tras un silencio, Eva añadió—. Dijiste que habías perdido el sentido en un parque de Los Angeles.

—Sí. Supongo que me dispararon una bala de goma o de cloroformo. Algo que me hizo perder el conocimiento.

—Y si supieras quién te atacó, ¿aclararías algo?

—No lo sé. Supongo que esto es una organización inmensa. A los peces gordos no les puede interesar de ningún modo una antidroga... El negocio se les iría al traste. Supongo que los que me atacaron y me trajeron hasta aquí, los que me espían, los que aguardan a que yo recuerde para hacerse con la película, son simples peones, cabos sueltos. Los jefes ni se preocupan de esas minucias. Ellos dan órdenes y los demás cumplen.

Pero yo debo ser una pieza muy interesante en esa partida. Esa película les obsesiona...

Quedó pensativo hasta que Eva le interrumpió:

—Pero sólo tú sabes dónde está esa película.

—Por supuesto. Y creo que ha llegado el momento de ir a buscarla.

—Demasiado riesgo. Deberías avisar a...

—¿A quién? ¿A la policía? —sonrió él.

—¿Por qué no?

—No.

—Por lo que me has contado, en esa película debe verse el hombre que disparó contra ese profesor...

—No he visto la película. No sé siquiera lo que se ve en ella.

—En cualquier caso, es un asunto de la policía... —Y ante el escepticismo de Bano, ella inquirió—: ¿O es que acaso tampoco te fías de la policía?

—No de todos, Eva. No de todos. —Y en aquellos momentos, Mike pensaba en el teniente Cockhram.

El silencio que siguió a las últimas palabras de Mike, se vio cortado súbitamente por la entrada del doctor De Soto en la estancia.

—Perdón —se excusó, al ver a la pareja volverse bruscamente hacia la alta figura del dueño de la clínica.

Steve de Soto era un hombre que había sobrepasado el medio siglo, pero pertenecía a esa clase de individuos que saben llevar los años. Sin querer aparentar parecer más joven, su figura respiraba jovialidad, dinamismo. Sabía cultivarse físicamente y se le adivinaba ágil en todos los aspectos. Era elegante y un buen observador y Mike Bano sabía que se hallaba ante un tipo seguro de sí mismo.

De Soto sonrió, excusándose.

—Lamento haber interrumpido algo interesante. —Sus ojos, risueños y escrutadores a la vez, se fijaron en el *dossier* que estaba sobre la mesita.

—La doctora Adam es muy complaciente conmigo —dijo Mike—. Tiene usted una ayudante magnífica. Pero no tema, no se la voy a robar. Le estaba diciendo que pensaba marcharme.

—¿Cómo? —De Soto cambió una mirada con Eva—. ¿Tan recuperado cree encontrarse?

—Quizá no del todo, científicamente hablando, pero voy a engordar demasiado si sigo con esta vida de no hacer nada.

—Bien... Si hay alguna mejora que yo deba saber... —De Soto avanzó hacia la pareja.

—Voy recuperando la memoria. Yo diría que casi me acuerdo de todo.

—La doctora Adams no me dijo nada.

—Ha estado haciendo muchos ejercicios últimamente —sonrió ella—. Yo creo que quería darnos una sorpresa a todos...

—Me alegro. Sin embargo, no estaría de más que un psiquiatra le viese. Unos amigos suyos estaban dispuestos a correr con los gastos...

—Lo sabe —dijo la doctora.

—Sí —apostrofó Mike—. Eva ya conoce los motivos por los que rechazo este ofrecimiento. De cualquier modo, si una vez lejos de aquí tengo algún mal síntoma, le aseguro que consultaré con usted, doctor De Soto.

—Bien... Si de veras cree que mis servicios ya no le van a ser útiles...

—De momento, no... Pero le estaré siempre muy agradecido, doctor...

—Cumplí con mi deber... En fin... ¿Cuándo piensa marcharse?

—Esta misma noche.

Incluso Eva se sorprendió de la decisión del joven. Y el propio Mike aclaró:

—He consultado las salidas de autobuses. Hay uno que sale a las once para California. Dejé varias cosas mías allí, y la cuenta de un hotel por pagar. Ya es hora de que vuelva.

—Yo no soy quién para retenerle, pero creo que podía esperar a mañana.

—Yo siempre hago las cosas en el momento en que las decido. Así no hay posibilidad de cambiar de opinión.

—Como quiera... —Doctor... Ya sabrá de mí. Es por si tengo que abonarle algo...

—Oh, no se preocupe por esto. Tengo que ver las cuentas. Bueno, pase por mi despacho antes de su marcha. Es sólo para estrecharle la mano. ¿Vamos, Eva?

La doctora dudó un instante. Luego optó por tomar el *dossier* y, como excusándose, murmuró:

—Pasaba por aquí cuando el señor Bano me llamó. Por eso entré con... —Y señaló el *dossier*. El doctor De Soto no pareció darle la menor importancia y ambos salieron de la pequeña *suite*.

Mike quedó frente a la puerta, pensativo durante unos segundos. Luego, se dirigió a su dormitorio y recogió sus pocos efectos personales.

Sí. Iba a hacer lo que había decidido. Irse.

Pero antes de tomar el autobús para Los Angeles, tenía un par de cosas por hacer.

CAPÍTULO V

En el programa informativo de una de las cadenas de televisión, el locutor dio la siguiente noticia:

«En la ciudad de Los Angeles, ha sido asesinado esta tarde, por arma de fuego, el doctor Gilbert Gordon, de la Fundación Maldein.

»El cadáver fue encontrado en el interior del automóvil del propio doctor, cerca del aeropuerto internacional de esa ciudad.

»Se da la circunstancia de que el doctor Gordon formaba parte del equipo del también asesinado doctor Lesgard, cuyo crimen, a pesar del tiempo transcurrido, sigue en el más impenetrable misterio. Al menos para la opinión pública, toda vez que la policía no ha facilitado ningún detalle, lo que hace suponer que andan completamente a ciegas.

»Con el nuevo asesinato, se pone de manifiesto la ineficaz labor...».

Al llegar aquí, Cockhram apagó el televisor, al tiempo que lanzaba un soplo.

—Es natural que empiecen a meterse con la policía, ¿no? — comentó Barnes.

Ambos se hallaban en la habitación del vicepresidente ejecutivo de la Fundación Maldein.

—Estamos perdiendo el tiempo de la forma más miserable —
mascullo el teniente.

—Tenemos que esperar.

—¿Esperar a qué? Déjame el asunto a mí y verás cómo Bano canta. He hecho hablar a más de un mudo.

—Debiste conseguir esa película antes. Ahora, de nada sirve lamentarse. —Barnes se sirvió un *whisky*, y el policía jugueteó unos instantes con su sombrero hasta que terminó por arrojarlo sobre un sillón...

—¡Maldita sea! Me juego mucho...

—Ya lo dijiste antes.

—Tú estás bien a cubierto, ¿no?

—¿Y tú no? —sonrió Barnes.

Hubo unos momentos de tensión, interrumpidos por el zumbido del teléfono, que tomó Barnes.

—¿Sí? —inquirió a través del auricular, y al cabo de unos momentos de escuchar, añadió—: De acuerdo, que suba. Sí, sí, a mi habitación.

Colgó y anunció:

—Mike Bano. Quizá ha empezado a recordar.

El teniente Cockhram se frotó las manos, con un gesto intuitivo.

Mike apareció, momentos después. El propio Barnes: le había abierto la puerta de la habitación.

—Adelante, señor Bane. Tenía el presentimiento de que vendría usted.

—¿De veras? —inquirió, entrando al tiempo que echaba una ojeada al policía para quien añadió—: Veo que sigue con su perro fiel.

—Cuidado con su lenguaje —le advirtió Cockhram.

—Le advierto que hay perros mejores que algunas; personas —
sonrió Bano.

—Bueno, tengamos calma —pidió Barnes—. ¿Un *whisky*?

—No, gracias. Necesito tener la cabeza despejada —replicó el invitado.

—Al grano —intervino Cockhram—. ¿Ha conseguido recordar algo? ¿O prefiere seguir con la comedia de la amnesia? Le advierto que...

De nuevo Barnes se interpuso para hacer una llamada al orden:

—Por favor, Cockhram, el señor Bano está aquí, y esto es ya una prueba de buena voluntad por su parte. ¿Verdad, señor Bano? —Barnes hablaba con toda suavidad, mimando sus palabras, tratando de ser amable. Mike Bano sonrió.

—Yo siempre obro de buena fe —replicó el detective—. No puedo decir igual de otras personas. De todos modos, vaya por delante que no tengo nada contra ustedes; por eso he venido a decirles todo lo que recuerdo, a partir del momento en que me quedé sin sentido...

—¿Le atacaron? —inquirió Cockhram.

—Sí. En Las Lomas. Alguien quería la película que impresioné en la sala de conferencias de la fundación. Me ofrecieron cinco mil dólares.

—¿Y usted les entregó la película? —preguntó el policía.

—Sí...

—¿La entregó? —intervino Barnes, incrédulo.

—Les entregué una película... —sonrió Bano.

—¿Quiere decir que no les entregó la auténtica? —Tendió el teniente.

—No me crean tan estúpido. La película es mi seguro de vida. ¿No lo comprenden? Ni siquiera me hubiesen pagado. Quien quiera que esté detrás de todo esto, teme que la película revele algo importante, y no sería tan imbécil para dejar que otro conociera el secreto. No. Estoy vivo porque debieron advertir enseguida que les entregué una simple película virgen.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Supongo que me golpearon con ánimo de arrojarme en cualquier parte. Bien difunto, se entiende. Luego, al darse cuenta, decidieron conservarme vivo, pero lejos del escenario de los hechos. En un lugar donde pudieran controlar mis movimientos para intervenir en el momento oportuno. Es posible que ese instante haya llegado. De momento, ya han aparecido ustedes.

—¿No irá a suponer que yo pueda tener algo que ver...? —empezó Barnes.

—¿Vive usted de las drogas, señor Barnes? —preguntó Mike, a su vez, con una sonrisa.

—¡Qué tontería!

—¿Y usted, teniente? —Mike miró de arriba abajo al policía de

Los Angeles.

—Ya está bien, Bano. Ya ha hecho su numerito... —respondió el oficial—. Y ahora, diga de una maldita vez dónde metió el rollo de película que nos interesa.

Tras un corto silencio, Mike declaró:

—En Nueva York.

Barnes y el policía cambiaron una rápida mirada de incredulidad, y el detective aclaró:

—Yo vivo en Nueva York, señores. Y aunque tengo amigos en todas partes, allí cuento con mis mejores colaboradores. En casa de uno de ellos está la película.

Otro silencio, que interrumpió Barnes para decir, sonriente:

—Bien. —Se levantó y fue hacia el teléfono—. Preguntaré la hora de los vuelos: Iremos a buscar la película.

—¿Iremos? —inquirió Bano.

—Usted y yo —dijo Barnes—. Cockhram está deseando volver a Los Angeles. Su permiso se le acaba.

—Puedo permitirme un par de días —rezongó el teniente—. Quiero tener esa película en mis manos, de una puñetera vez.

—¡Un momento, señores! —interrumpió Mike—. El que tiene que decidir cuándo y quiénes han de ir, soy yo, puesto que la película es mía.

—Mike... —empezó Barnes.

—Iré yo solo —dijo tranquilamente.

Cockhram avanzó hacia él con fiereza.

—¡Se acabó el juego, Bano! Esta película es una prueba para la policía. Si se niega a colaborar, puedo acusarle de encubridor.

—¿Dónde, teniente? ¿Aquí? —Mike acentuó su sonrisa—. En Arizona, usted no puede mover un dedo.

—¡Haré que le acusen, Bano!

—¡Hágalo! —Mike se volvió de espaldas y el policía, de un manotazo, le obligó a volverse, lo cual no sentó nada bien al detective.

—¡Hay otros medios! —estalló Cockhram.

—¡No vuelva a hacer esto, Cockhram! ¡No se lo repetiré!

Una vez más, acudió Barnes, conciliador:

—¿No hay forma de hablar y comportarse como personas sensatas?

—La culpa es suya, por haber elegido mal a su perro —escupió el detective.

Cockhram no aguantó más, y sacudió a Mike en pleno mentón, haciéndole caer contra la mesita donde estaba el *whisky* y los vasos, que se desparramaron sobre la alfombra.

El detective se levantó parsimoniosamente. Cockhram le esperaba con los puños cerrados, dispuesto a repeler cualquier intento de desquite.

—¡Por favor! —Por enésima vez, Barnes intentaba poner orden.

—¿Éstos son sus métodos, Cockhram...? —Escupió Bano—. Adiós, señor Barnes. Ya sabrá de mí.

Se dirigió hacia la puerta. El teniente intentó cerrarle el paso.

—No se irá tan fácilmen...

No pudo terminar la frase. Bano se encogió ligeramente y descargó su zurda contra el abdomen del policía, con toda la potencia que pudo acumular. Cockhram se inclinó hacia adelante, dejando su mentón a merced de la derecha del detective, que la descargó con todo su vigor, obligándole a retroceder varios pasos para caer contra el sillón, con cuyo impulso lo derribó, yendo a parar al otro lado, hecho un verdadero lío.

Cuando Cockhram logró ponerse en pie y reaccionar, Mike Bano ya descendía con el ascensor hacia la calle.

La intención del teniente fue seguirle, pero Barnes le sujetó:

—Tranquilo. Sabremos dónde va. No te preocupes.

CAPÍTULO VI

Desde la cabina pública, Mike preguntó a la operadora cuántas fichas debía depositar para obtener comunicación con Nueva York.

Puso en la ranura las monedas que le fueron indicadas y marcó un número.

Mientras oía el zumbido del timbre, consultó su reloj calculando la hora que sería en Nueva York.

—Medianoche —se dijo—. Espero que...

La voz al otro extremo del hilo interrumpió su monólogo.

—Hola, Ben... No... No me interrumpas. Sí, sé que tengo muchas cosas que contar, pero ahora no tengo tiempo. Oye... Recibiste la película, ¿verdad? Sí... Un rollo. Te lo hice mandar desde Los Angeles... Sí. Sé que hace más de dos meses. Ya te contaré. Oye. Guárdalo como oro en paño. ¿La has visto? ¿No? Bien. No importa, Ben. Saca una copia. Hazlo enseguida. Otra cosa. ¿Te importa hacer de cebo?

Al cabo de unos instantes de escucha, Mike siguió:

—No corras ningún riesgo. Quiero que estés prevenido únicamente. Quiero saber quién vendrá por ella. Esto te será fácil. Pero ¡cuidado, eh! Piensa que el tipo o los tipos que vengan no se conformarán con la película. Te querrán a ti... Y no para hacerte un regalo de Navidad, precisamente. ¿De acuerdo? Gracias, Ben... Nos veremos pronto. No. No puedo decirte el día. De momento, no. Hasta la vista.

Colgó. Salió de la cabina y miró en derredor. No había nadie. Eran casi las nueve de la noche. Faltaban dos días para la Navidad y la gente debía estar en sus casas preparando ya la gran fiesta.

En la plaza un árbol enorme simbolizaba las fechas.

Detrás del árbol se movió una sombra, evitando las luces. Mike

miró unos instantes y se volvió buscando un taxi libre. No pasaba ninguno y cruzó la calzada para seguir andando hasta la calle siguiente.

No necesitó volverse para advertir que alguien le seguía; sin embargo, siguió caminando al mismo ritmo. Sólo lo varió al doblar la esquina, pues empezó a correr hasta llegar a la altura de un callejón que separaba los edificios. Se introdujo en él amparándose en la oscuridad total. Miró hacia el fondo. El callejón carecía de salida. Se situó bajo un portal, al amparo del grueso muro.

Su seguidor pasó de largo, a la carrera. Después se detuvo. Mike podía escuchar sus pasos dubitativos. Y advirtió que se volvían.

El individuo no tardó en aparecer junto a la entrada del callejón. Oteó hacia el interior. La oscuridad le impedía ver, y el hombre tomó precauciones. Sacó una pistola, a la que acopló un silenciador.

Mike no podía verle el rostro porque la luz de la calle principal le daba en la espalda. Únicamente pudo advertir el oscuro color de su gabardina y el sombrero de ala ancha, que contribuía a ocultar su cara.

Su seguidor avanzó pegado a la pared del callejón, al lado de donde se encontraba Mike, que contuvo la respiración.

El otro seguía avanzando. Sus pies apenas rozaban el suelo, pero el detective, aun sin asomar la cabeza, advertía su proximidad.

Al aproximarse al portal, el individuo se separó ligeramente. Era evidente que no se fiaba, y sabía tomar precauciones. Mike también había calculado cuáles debían ser sus movimientos.

De pronto el hombre dejó su calma y avanzó con rapidez, dando un par de zancadas y apuntando hacia el portal. Lo hizo de forma instintiva porque no podía saber que aquél era el escondrijo de quien buscaba, pero también Mike sabía cómo debía obrar en aquellos casos, y había estado aguardando el momento.

Saltó hacia adelante y, con un impulso, derribó a su seguidor, que al caer apretó el gatillo, dejando escapar un par de balas, que no detonaron gracias al silenciador.

Tras una breve lucha, Mike consiguió que el otro dejara caer el arma, que se apresuró a recoger, pero con un puntapié el detective la alejó, obligando a su rival a *revolverse*, a fin de golpearle con un rápido
un-dos,

que consiguió derribarle. Y ya sin darle tiempo se lanzó contra él, levantándolo con fuerza y retorciendo su brazo a la espalda hacia arriba.

—¡Suélteme, me lo va a romper! —jadeó el otro.

—Puedes apostar la cabeza a que lo haré, si no me dices qué andabas buscando tras de mí.

—¡Déjeme, déjeme! —protestó el otro. Era bastante joven, por lo que pudo apreciar Mike, que seguía presionando.

—Primero habla, muchacho. Te romperé algo más que un brazo. Tú querías matarme.

—No, no quería matarle...

—¿No, eh? ¿Y para qué pusiste silenciador?

—No quería matarle. No quería...

—¿Quién te lo ha ordenado? ¡Vamos! No voy a perder toda la noche contigo.

La única respuesta que salió de labios del otro fue un grito de dolor.

—¿Te has empeñado en que te rompa el brazo? Está bien —tiró fuerte.

—¡Si hablo me matarán! —exclamó en la incómoda posición a que Mike le obligaba.

Se escuchó un chasquido interior y el enemigo de Mike gritó, como un animal herido:

—El brazo... El brazo...

—De momento, ya no lo podrás utilizar para matar a nadie. Ahora, vamos por el otro.

Al soltarlo, intentó escapar, pero Mike consiguió atenazarlo y de nuevo demostró su habilidad, retorciéndole el único brazo que le quedaba útil.

—Vas a quedarte inútil. Pero no creas que lo siento.

—¡Basta, basta!

—¿Hablarás?

—Usted... Usted no la conoce... No la conoce. Aunque le diga el nombre.

—Prueba a ver. Conozco a más gente de la que crees. —Y siguió presionando.

—¡Ingrid! —chilló el joven—. Se llama Ingrid.

—¿Ingrid? ¿Dónde he oído antes este nombre?

—Suélteme. Le he dicho la verdad.

—Esa chica había sido enfermera de la clínica residencia del doctor De Soto. ¿Verdad?

—Sí. Creo que sí... Yo no sé nada.

—¿No sabes nada?

—Sólo me acuesto con ella. ¡Dios, cómo me duele el brazo!

Mike le soltó.

—Sin tonterías ¿eh? Si sois tan íntimos, sabrás algunas cosas.

—No. No sé nada. Ingrid me pidió que le siguiera. Eso es todo. Sólo quería saber dónde iba usted.

—¿Y desde cuándo me sigues?

Mike vaciló.

—¿Quieres que te haga otro masaje en el brazo? —amenazó Mike.

—Desde que salió del hotel Washington.

—¿No será desde que salí del hospital?

—No sé nada. Yo estaba con Ingrid y, de pronto, me dijo: «Saldrá un tipo del hotel Washington. Tienes que seguirle para saber dónde va».

—¿Sólo te dijo esto? —Es raro, ¿no? ¿Y cómo sabías que ese tipo era yo?

El joven pareció cogido, y Mike le asió el brazo mostrándole su intención inmediata.

—Le había visto otras veces.

—¿Cuándo?

Otra leve vacilación que se interrumpió por el temor a una nueva rotura.

—En el hospital.

—¿Qué haces tú en el hospital?

—Sirvo la leche. Voy hasta la cocina con los pedidos del día. Usted no se fijó en mí.

—Seguro que no. Pero Ingrid ya no estaba cuando yo ingresé.

—Me dio el número de su habitación y me dijo que recordara su cara, por si alguna vez tenía que hacerle un trabajo.

—Y tú lo encontraste la mar de natural, ¿eh? —inquirió Mike con sarcasmo.

—Yo no hago preguntas. Ella me trata bien. Es una chica de bandera... Pero por culpa de usted no podré... —Se guardó la

continuación.

—Un brazo se arregla pronto, y dos también. Es cuestión de tiempo. Y tú no querrás que te rompa el otro, ¿verdad? Porque entonces tardarías más en poder hacer el amor con esa noruega de bandera.

—¿Por qué quiere romperme el otro brazo? Le he dicho lo que usted quería.

—¿Seguro que me lo has dicho todo?

—Seguro. ¡Palabra!

—Bien, bien. ¿Sabes una cosa? Ahora me han entrado ganas a mí de conocer a esa monumento noruego. Me vas a llevar a su casa.

—¡No me pida eso!

—Te lo pido, te lo pido. Anda, Adelante. —Le soltó y al pasar junto al arma la recogió advirtiéndole—: *Ahora* los papeles se han cambiado... Podría disparar y largarme. No creo que nadie me molestara. Hay gente a *la* que no le interesa armar ruido. ¡Vamos! Sigue y no te vuelvas. Cuando lleguemos a la calle, caminaremos juntos como buenos amigos. A propósito. ¿Cómo te *llamas*?

—Joe.

—Ya.

Llegaron a la calle que seguía desierta, pero al menos allí había luz. Mike, que iba sin gabardina, se metió el arma en un bolsillo de la chaqueta. Joe se detuvo e hizo un gesto de dolor; el brazo le colgaba. Era el derecho.

—Me duele. —Se apoyó en la pared—. Me duele horrores. Lléveme a algún sitio para que me lo curen.

—De eso ya te encargarás tú mismo cuando me hayas indicado dónde vive la noruega.

—Le daré las señas. No me haga ir allí.

—Las señas podrían ser falsas. Tú me respondes.

—Vive en la calle Idaho —insistió Joe.

—Tómate el tiempo que quieras para reponerte. Anda, tienes medio minuto —repuso Mike implacable.

Le observó. Joe se sujetaba el brazo roto. Mike le calculó unos veintidós años, aspecto desaseado. El sombrero que le había caído en la lucha ocultaba su abundante pelambrera. Llevaba un par de días sin afeitarse.

Debajo de la gabardina, con algunos botones rotos, ocultaba un

pantalón tejano muy ajustado y un jersey que le hacía aparecer mucho más ancho.

En aquellos instantes un camión surgido de la inmediata esquina enfilaba por la calle. Mike se volvió unos instantes, al tiempo que encendía un cigarrillo.

Los ojos del joven se posaron en el camión, expresando temor. Mike le siguió con la mirada.

Joe, con gesto rápido, empujó con su brazo sano a Mike y echó a correr hacia la calzada.

—¡Joe!, —gritó el detective.

La intención del muchacho parecía ser la de cruzar por delante del camión, sin duda para huir. Eso pensó el detective, pero de pronto sucedió una cosa muy distinta.

El que iba al lado de la cabina sacó un arma. Mike, al advertirlo, se lanzó hacia el callejón, al tiempo que buscaba la suya.

El arma que acababa de asomar vomitó un par de balas, dirigidas de lleno a Joe, que vio bruscamente frenada su carrera, antes de conseguir llegar hasta el camión.

El que había efectuado los disparos volvió a tirar, esta vez contra el callejón. Y Mike sintió el silbido del plomo por encima de su cabeza.

El vehículo se alejó a toda marcha, y cuando el detective asomó, ya no quedaba el menor rastro de él. La huella de su paso era el cadáver de Joe, caído sobre el asfalto, entre un pequeño charco de sangre.

Algunas ventanas de la calle se iluminaron. Alguien asomó y llegaron hasta Mike lejanos comentarios, por lo que optó por abandonar a buen paso el lugar.

Apenas llegado a la esquina, un coche que venía en dirección opuesta se detuvo.

Mike metió instintivamente su diestra en el bolsillo donde guardaba el arma del joven asesinado, pero enseguida se dio cuenta de que no la iba a necesitar. Del coche asomó el bello rostro de la doctora Eva Adams.

CAPÍTULO VII

—Lo presentía, Mike —dijo ella sin dejar de mirar la calle por la cual conducía el vehículo—. Estás corriendo un grave peligro.

—Llévame a casa de Ingrid y no me esperes. No quiero mezclarte con esto —repuso él.

—¿Por qué no vuelves al hospital? Allí estarás seguro. Puedes llamar a la policía y explicarle...

—¿Explicar todo...? Sería mejor poner un anuncio en todos los periódicos del país.

Mike Bano había explicado brevemente a Eva lo que acababa de ocurrir, por eso la joven doctora, al cabo de un silencio, comentó:

—Lo que no comprendo es lo de Ingrid. Admito que era muy ligera de cascos, con otra mentalidad, pero de eso a estar liada con esa clase de gente...

—Tú lo has dicho, Eva. Ingrid está liada. Sólo liada. Ella no puede ser la cabeza de la organización. Porque se trata de una organización. Eso salta a la vista... ¿Y aún me aconsejas que vaya a la policía?

—Tú solo no podrás, Mike. ¿Qué te propones en realidad?

—Llegar hasta donde pueda. O hasta donde me dejen. No soy un superhombre, esto ya lo sé. Pero me considero bastante duro de roer.

—¡Dios mío! ¿Y por qué han tenido que matar a ese que te seguía?

—Seguramente para que no hablara demasiado. Pero ya ha nombrado a Ingrid. De momento es un eslabón más. ¿Llegamos ya?

—Sí. Es después de doblar la otra esquina —murmuró ella—. Pero ¿sigues decidido?

—Sí. Y puedes parar ya. Me basta con que me indiques la casa.

Eva se detuvo en la misma esquina y le señaló la casa. Luego dijo:

—Puedo llevarte, si quieres, a la estación de autobuses. ¿A qué hora sale el último?

—A las diez. Tengo tiempo.

—Esto queda un poco lejos —advirtió ella.

Mike había observado ya que se trataba de un barrio apartado del centro. Una zona con residencias bastante separadas, mucho campo libre y absoluto silencio. Más que silencio soledad. Mucha soledad.

Mike, que había saltado del vehículo, se inclinó hacia la cabeza de Eva, buscó sus labios y los besó brevemente.

—Ya sabrás de mí.

—Eso espero —susurró ella.

—Anda. Vete ya. Arranca.

Eva obedeció y Mike vio cómo el automóvil se alejaba calle abajo hasta perderse en la siguiente esquina. Entonces, él avanzó hacia la casa que hacía tres. Estaba a unos sesenta metros de distancia.

A medida que avanzaba, el detective, con los ojos clavados en la construcción hacia la cual se dirigía, advirtió que no había ninguna luz encendida. Las ventanas permanecían a oscuras y el más absoluto silencio lo envolvía todo.

Optó por seguir campo a través entre el terreno que separaba la casa de la más próxima. Aceleró el paso y llegó hasta la parte trasera de la moderna residencia.

Mike pensó que aquello costaba demasiado dinero para una simple enfermera. Claro que si además era una chica complaciente...

Tras comprobar que la puerta estaba cerrada, probó de accionar uno de los cristales correderos de la ventana que daba a la cocina. No lo consiguió. Estaba asegurado por dentro.

Dio la vuelta a la casa y llamó. El timbre sonó en forma de melodía. Tres notas que se repitieron sin el menor resultado. O la noruega no estaba en casa, o no quería abrir.

El detective se dirigió a la gran cristalera cerrada que comunicaba con el salón principal de la casa. Comprobó que estaba igualmente asegurado por dentro, y ya sin más vacilaciones, tomó

su manojó de llaves y eligió un alambre bastante grueso, con el que improvisó una ganzúa.

La metió en la cerradura y probó dos veces sin resultado. Pensó unos instantes y dio otra forma a la ganzúa.

Al fin consiguió que el cerrojo cediera. La entrada quedó franca.

El detective se introdujo en el interior de la casa con el mismo sigilo que un gato. Tanteó en la oscuridad y procuró habituar sus ojos a la misma.

La luna bañaba parte del interior, dando una claridad azulada al entorno. Las partes que quedaban a oscuras fueron el campo de acción de Mike, que podía divisar perfectamente cuanto le envolvía, muebles, enseres, un hogar apagado al fondo, una barra de bar con una puerta que debía comunicar con la cocina, y la escalera que subía al piso superior.

Iba a subir el primer peldaño cuando el ruido del motor de un automóvil le detuvo.

Se quedó quieto al comprobar que el coche se paraba junto a la casa. Corrió hacia el ventanal y, procurando que su silueta no fuera vista, observó el exterior.

Entonces vio que no se trataba de un automóvil particular, sino de un camión. Un camión que había visto poco antes. ¡El camión desde el cual habían asesinado a Joe!

Dos hombres se apearon de él. Uno de ellos llevaba una chaqueta de cuero. El de más edad iba embozado con una pelliza. ¡Se dirigían hacia la casa!

Sacó su pistola del bolsillo. Era el arma de Joe que ahora iba a hacerle un gran servicio. Se pegó a la puerta y escuchó.

Los dos tipos estaban allí; podía oír su respiración. Mike miró a través de la mirilla de la puerta y vio cómo uno de ellos, el de la chaqueta de piel, sacaba un revólver.

—Si Joe ha cantado, el tipo puede estar dentro —dijo.

—Llama. Entraré yo primero —dijo el de la pelliza.

Sonó el timbre. Mike miró hacia la escalera, pero no bajó nadie, a pesar de que los tipos insistieron en llamar.

—Esto no me gusta —oyó Mike la voz del más joven y vio a través de la mirilla cómo el otro sacaba también un arma. Una «*Parabellum*».

Un ruido de llaves, y la voz del de más edad, unos cuarenta

años, que decía:

—Cúbreme.

El cuarentón metió una llave en la cerradura y le dio la vuelta. La puerta cedió y el hombre abrió de golpe. Mike quedó detrás.

El tipo entró en la casa y echó una ojeada en la oscuridad. Avanzó un paso. Fuera, estaba el otro, pegado a la pared, a la expectativa.

El que había entrado buscó en la pared el conmutador de la luz, pero antes de que pudiera encenderla, Mike salió rápido y atenazó al hombre por detrás, al tiempo que le encañonaba directamente a la sien. Le hizo avanzar un paso hasta el umbral para que su compinche le viera.

—Tira el arma o acabo con él —amenazó Mike.

El cuarentón, muy robusto y con evidente fortaleza, no se atrevió a moverse. La llave a que le sometía Mike era perfecta. Soltó su revólver y pidió al de la chaqueta de piel que hiciera lo propio.

—Vamos, Bill... He caído como un estúpido.

Pero el llamado Bill parecía resistirse. Mike hizo chasquear el percutor.

—Cuando acabe con él, te mataré a ti —le dijo a Bill, y fueron esas palabras las que aconsejaron al más joven a obedecer.

Ya desarmados, les hizo entrar.

—¡Adentro! Ya es hora de que nos veamos las caras. Y tú, enciende la luz. Esto parece cómodo.

Bill entró y dio la luz.

La estancia quedó inundada de una claridad indirecta que abarcaba todos los ángulos, pero Mike no prestaba atención a la pieza, sino a los dos tipos que seguían aún junto a la puerta.

—¡Cierra! —ordenó Mike a Bill. Y cuando lo hubo hecho, y ambos se disponían a volverse, les conminó:

—¡Las manos a la pared y las piernas abiertas! Quiero asegurarme de que no lleváis más juguetitos dañinos...

Cacheó primero al de más edad. No halló nada. Hizo lo propio con el de la pelliza, y de un bolsillo del bajo de la pernera del pantalón vaquero que llevaba, extrajo un cuchillo de larga y afilada hoja. Lo tiró a un lado.

Iba a volverse cuando una voz femenina le ordenó:

—¡Quieto! ¡No se mueva! ¡Tire el revólver! ¡Le estoy apuntando!

Los dos hombres se volvieron sonrientes. Mike se volvió a su vez, para hallarse ante la presencia, al pie de la escalera, de una belleza realmente exótica y encomiable. Lo malo era que la chica tenía un rifle de cañones recortados entre las manos, con el cual le apuntaba fríamente. Y ese detalle desentonaba un poco, pensó Mike, porque era altamente peligroso.

CAPÍTULO VIII

De desarmar a Mike Bano se ocuparon los dos tipos del camión. Por otra parte, el detective no podía oponer resistencia ante un arma de cañones recortados y pensó que tal vez no había perdido del todo, ya que tenía la oportunidad de enterarse de algunas cosas. Por lo menos, iba a saber lo que aquella gente quería, y ya que estaba entre ellos, puede que consiguiera algo más...

Ocurrió, sin embargo, que los dos tipos pegaron primero y preguntaron después.

Se turnaron, siempre bajo la amenaza del arma de la bella Ingrid, que observaba la escena con absoluta frialdad.

Mike trató de devolver los golpes y lo consiguió algunas veces.

Sabía que lo querían vivo y dio rienda suelta a su poder de pegada.

El más joven, a quien gustaba machacar, había conseguido propinarle dos buenos golpes en el bajo vientre, y hasta se rió con sadismo cuando vio al detective retorcerse, pero ignoraba el extraordinario poder de recuperación de su rival, y por eso casi no se enteró del directo que voló sobre su mandíbula y le mandó aterrizar contra una silla, que se astilló al caer.

Aún Mike consiguió conectarle la derecha en pleno rostro y arrancarle un grito gutural.

También el de la pelliza llevó lo suyo, pero su mayor corpulencia y envergadura, unido a su fortaleza física, resultaron un handicap para Mike que, por otra parte, vio acercarse a la bella con mirada de tigresa hambrienta y sin soltar el arma.

No podía con todos a la vez, y Bill gritaba:

—¡Sujétale, sujétale!

—¿Qué te pasa, afeminado? ¿No te atreves tú solo?

Bill se lanzó contra él como animal encelado, y sólo consiguió estrellarse contra el suelo, pero ya estaba el más corpulento golpeándole el abdomen.

Pero Mike tenía aún cuerda para rato y aquello a la noruega no parecía entusiasmarle demasiado, por lo que decidió, por sí misma, poner punto final a la lucha. Lo hizo en forma de estacazo. Los cañones recortados de su rifle golpearon la nuca del detective, única forma de dejarle inconsciente.

* * *

No tardó demasiado en despertar, aunque Mike, momentáneamente, lo ignoraba.

Se encontró atado a una silla de cocina, con los rostros de los dos hombres a menos de un palmo de su cara.

Le habían echado agua para reanimarle, y ya estaban acosándolo.

—Vamos a darte una paliza que no la olvidaras fácilmente —dijo Bill, con sádica fruición.

—No lo dudo. Tú eres muy valiente —se burló Mike y consiguió un par de tortas, que fingió no acusar.

—¡Basta! —exclamó la voz de la noruega—. Que diga lo que nos interesa y nada más.

—¿Qué temes? ¿Qué le hagamos pupa? ¿Ése es tu tipo? No tienes mucho gusto, muñeca. Primero aquel pelele. Y ahora éste...

El de la pelliza sonrió.

—Ahora ya no tiene a Joe —dijo.

—¡Canallas! No teníais por qué matarle... —Escupió ella, echando fuego por los ojos.

—¿Regañinas ahora? Tú no das las órdenes. Y suerte tienes de que hayamos llegado a tiempo para protegerte —adujo el de la pelliza.

—Yo no necesito protección —replicó ella—. Y basta de charla estúpida. No vamos a discutir delante de él.

—Tú has empezado, nena —sonrió Bill. Y se revolvió con los dientes prietos para atizar otro par de bofetadas a Mike, diciéndole —: ¡Esto es por escuchar lo que no debes!

Por fin, el tipo macizo soltó lo que Mike esperaba desde hacía

rato.

—Queremos la película. Y esta vez, sin trucos. ¿Dónde está?

—¿Fuisteis vosotros los que me sacudisteis en Los Angeles? —preguntó Mike a su vez.

—Su hubiésemos sido nosotros, ahora tendrías señales en todo el cuerpo. ¡Maldito! —adujo Bill.

—La película. Dinos dónde está. ¡Ahora mismo!

—Así de fácil, ¿eh? —sonrió Mike.

Esta vez fue el de la pelliza quien le atizó en pleno rostro. Luego, para tener mayor agilidad, se despojó de la prenda de abrigo, y observó cómo Bill se ensañaba con él.

—Te voy a convertir en un ex hombre —sonreía, propinándole golpes bajos.

Mike no soltaba un solo grito, aunque acusaba el dolor intencionado que aquel par de granujas le estaban recetando.

Siguió callado, simplemente para guardar las apariencias pues debía hacerlo así. No podía soltar a la primera lo que le preguntaban. Lo hubieran encontrado demasiado fácil, y, aunque aquel par de tipejos no hubieran caído en la cuenta, «los de más arriba» sí hubiesen encontrado extraño la locuacidad del detective sin que mediara por medio el castigo que ahora estaba recibiendo.

Una y otra vez los dos hombres soltaban la misma pregunta, acompañada siempre de golpes en todo el cuerpo.

Varias veces, por impulso de esos golpes, Mike caía al suelo, atado a la silla. Se revolcaba en las más inverosímiles posturas y los tipos seguían sacudiéndole.

Su rostro quedó surcado por los arañazos recibidos, hematomas y morados. Jadeaba. Y un golpe le aplastó la nariz.

—¡Hable de una vez, antes de que acaben con usted! —espetó Ingrid anteponiéndose a los dos hombres.

—¿Te preocupas por mí, hermosa? Bueno, bueno. Eso es bueno...

—¡Imbécil!

—No, querida. No soy un imbécil. Si hablo me quitarán de en medio.

Recibió un puntapié en la espinilla. Uno más. Fue Bill, naturalmente, quien se lo propinó.

—No te matarán —aseguró ella.

—¡Tú qué sabes! Han liquidado a tu fulano. ¿Eh?

Recibió otra patada.

Sin duda, a Ingrid se le removían las tripas pensando en la muerte de Joe, pero fingió no oír lo que Mike le machacaba adrede para provocar un enfrentamiento indirecto entre los dos hombres y ella.

—Se lo cargaron. Te has quedado sin tu amante... Claro que tú debes tener los que quieres...

Dos bofetadas le hicieron caer, con silla incluida. El forzado le incorporó.

Mike apenas podía aguantar. La cabeza le colgaba, pero no quería dar muestras de debilidad.

—¿No te acuestas también con el jefe? ¿Está demasiado alto para ti, bombón?

—Deja ya de decir estupideces o seré yo misma la que te golpearé.

No era necesario. Bill disfrutaba haciéndolo.

Mike quedó insensible una vez más, pero en su mente no se había hecho todavía la oscuridad total y pensaba... pensaba, mientras los demás le creían inconsciente, y una voz decía:

—Reanimadlo. No le dejéis dormir.

Pero él pensaba. Pensaba en Ben, en su amigo de Nueva York, al que había llamado y, aunque borrosamente, imaginaba lo que ocurriría. Sí... Irían por el rollo, pero Ben ya habría sacado una copia. Lo habría hecho él mismo, el propio Ben, que por algo tenía un magnífico y completo estudio. Era un buen fotógrafo y hacía milagros con los clichés. Era su forma de ganarse la vida, aparte de colaborar, por amistad, con Mike.

Ben se «dejaría robar» tranquilamente la película, pero un dispositivo fotografiaría al ladrón. Es más, filmaría la escena. Luego, las fotos de la nueva película serían distribuidas por una red de amigos. Alguien conocería al ladrón y sabría sus costumbres. Y si no le conocían daba igual, sería seguido por turnos. Sí... En esos casos, Ben siempre sabía lo que tenía que hacer...

Mike, aparentemente, estaría al margen, pero puntualmente informado en todo momento para reaparecer en el instante oportuno que le llevaría hasta el jefe, porque la película, quienquiera que fuera a robarla, era para llevarla hasta el jefe.

Ése era su ardid... Y Mike iba a dejarse golpear un poco más, y al fin fingiría no poder aguantar y «cantaría». Eso iba a convencerles. Su resistencia.

El agua le reanimó. Pero volvió a dejar que su cabeza colgara. Quería más agua. Le era beneficiosa y, además, prolongaba el descanso de la tortura.

Le echaron otro recipiente y fingió reavivarse.

—¡Hola, muñeca! Sigues ahí. Me gustaría saber hasta dónde puedes resistir.

—¡Habla, carroña! —increpó el forzado.

Mike le escupió y consiguió un buen golpe en el mentón, que le derribó por enésima vez.

—¡No te matarán! —gritó ella—. ¿No te das cuenta? Necesitan comprobar si lo que dices es verdad...

—Entonces, mentiré —bromeó él. No le quedaban ganas de hacerlo, pero esto les enfurecía y posiblemente le golpearían con más saña, y terminaría de una vez la tortura.

—Si mientes te matarán sin piedad —rugió ella, dando muestras de que empezaba a perder la calma.

—No me matarán. Sin la película no me matarán —dijo Mike.

Otros golpes. Otros. Y más...

—Ha pasado ya demasiado tiempo, detective entrometido —dijo ella—. Buscarán otro medio. Si tú dejas de interesarles te anularán. Ahora tienes una oportunidad...

Pero él no contestó.

Llovieron más golpes. Su cara era ya una masa sanguinolenta y su cuerpo un guiñapo.

—Basta, basta... —suplicó por primera vez.

Bill ensayó el truco final. Un truco que podía llevar a la realidad, sin inmutarse.

Le acercó la punta encendida de un cigarrillo hacia el ojo.

—Mantenle el ojo abierto —dijo a su compinche.

El más corpulento lo hizo.

Mike pensó que era un buen momento para rajarse.

—¡No! —gritó con toda su alma—. ¡Hablaré! ¡Hablaré! ¡Dame un poco de agua!

—Primero habla —exclamó Bill, sin apartar el cigarrillo de unos centímetros del ojo.

—En Nueva York. Está en Nueva York...
—¿Dónde? —inquirió Bill—. ¿En qué lugar?
—Calle 38 Este... El fotógrafo... es amigo...
—¿Cómo se llama?
—Fotografía América... Ben Tryley...
—El número de la calle.
—1040...

38 Es...

—Y se desmayó de verdad.

CAPÍTULO IX

La veracidad de la confesión de Mike fue comprobada desde la propia casa de Ingrid.

Ben Tryley salió del cuarto de revelar, donde se hallaba trabajando con el negativo de la película para sacar la copia que Mike le había encargado.

—Ya va. Ya va —dijo como si desde Arizona pudieran oírle. Tomó el auricular y la voz de Bill preguntó:

—¿Es usted Ben Tryley?

—El mismo. ¿Con quién hablo?

—Oiga. ¿Es Foto América, eh?

—Me llama a la una de la madrugada para preguntarme lo que viene en el listín... Tiene guasa. Y colgó.

Bill colgó sin dejar de masticar chicle.

—Se ha enfadado el tipo. Pero no hay duda. Ése ha dicho la verdad.

Mike seguía en el suelo atado aún a la silla.

—Ya puedes llamar al jefe —dijo el tipo corpulento, enfundándose la pelliza.

Bill había recogido su pistola y jugueteaba con ella.

—¿A qué esperas?

—A que os larguéis —espetó ella.

—¿Quieres quedarte solita con ése?

—Lo necesitamos por si acaso.

—Ha dicho la verdad —murmuró Bill—. No hay duda.

—Ha dado el nombre de una casa de fotografía. Eso es lo que ha hecho.

Ni a Bill ni al otro parecía haberles pasado por la mollera la posibilidad de que Mike, para evitar el castigo, hubiera dado el

nombre real de un estudio, pero que no tuviera nada que ver con la película que buscaban.

Bill fue otra vez al teléfono.

—Le preguntaré a ese tipo si conoce a Mike Bano.

—¡Hazlo! —terció el otro, pero la noruega lo impidió:

—Sois un par de cretinos. ¿Qué queréis, espantar la caza? Puede que ese tipo de Nueva York no tenga la película, pero si la tiene es porque es amigo de Mike. ¿No lo comprendéis? Y si es amigo, comenzará a sospechar porque debe saber algo...

—Entonces... —empezó Bill.

—Largaos ya. Yo llamaré al jefe. El dará instrucciones. El encargado de realizar el trabajo en Nueva York ya se ocupará de Ben Tryley.

Bill miró a Mike. Quedó pensativo.

—Del detective nos ocuparemos cuando lo de Nueva York esté terminado. ¿De acuerdo?

La mirada de Ingrid tenía algo difícil de describir. Era cortante como la hoja de un afilado cuchillo, autoritaria como una voz de mando, incisiva como un bisturí, llameante como el fuego. Era difícil resistirla. Sin embargo, Ingrid era deseable. Muy deseable, pero cuando ella se lo proponía sabía imponer respeto y, en nada se parecía a la muchacha, más bien frívola, que Eva Adams describió a Mike.

Por eso los dos hombres se marcharon con el rabo entre las piernas, sin proseguir la discusión.

Parte de la cual había sido oída por Mike, al que también se le hacía difícil equiparar a aquella mujer con el retrato que de ella le hizo la doctora...

Volvió a caer en una semiinconsciencia hasta que notó que alguien le aflojaba las ligaduras hasta dejarle libre.

Luego una mano suave y delicada le ayudó a caminar hasta el diván...

Alguien le quitó las ropas empapadas de sangre y de sudor y por fin sintió sobre su cuerpo desnudo la caricia del agua que lavaba sus heridas...

Ingrid había marcado un número de teléfono. Mike pudo oír parte de la conversación que la noruega sostenía en voz baja, pero lo que no logró captar fue ningún nombre. Sólo algunas palabras sueltas.

—Sí. Sí. De acuerdo. Yo les avisaré. Seguro que Bano ha dicho la verdad... Lo demás, déjalo de mi cuenta... Naturalmente. Esperaremos... Hasta mañana. —Colgó y fue de nuevo hacia el herido.

Mike, aunque contuso, se sentía bastante más aliviado. Tenía limpio el cuerpo y las heridas del rostro. Notaba la molestia de unas compresas que Ingrid le había puesto para hacerle bajar la hinchazón y calmarle el dolor.

Por encima de la cabeza de la joven vio el curioso reloj de pared, marcando las dos de la madrugada. Luego observó la conciliadora sonrisa de la noruega.

—¿Cómo te sientes?

—Igual que el condenado al que extirpan el apéndice antes de llevarlo a la cámara de gas —repuso él.

—Nadie te va a hacer daño; estás bajo mi exclusiva protección.

Ahora la voz de Ingrid había perdido toda la frialdad. Sonaba a dulce, sin el menor asomo de sofisticación. Parecía natural, como si siempre hubiera sido de ese modo.

—No creo que tercas mucha influencia con tu jefe...

—¿Por qué dices esto?

—Porque debe haber sido él quien ha ordenado quitar de en medio a tu amante.

El rostro de la muchacha sufrió una fugaz transformación, pero luego volvió el calor y el color a su voz y la sonrisa de nuevo.

—Lo he sentido mucho, pero son cosas que pasan. Tú lo sabes. Tu oficio es muy peligroso, pero he visto que no tenías miedo. Eres fuerte. Me gustan los hombres fuertes.

—Pues Joe no hacía honor a tus preferencias. —El siguió punzando en la llaga.

—Joe era delicioso haciendo el amor. Era apasionado. Besaba como nadie...

—Algo debería tener, digo yo... Pero no está bien lo que hicieron con él.

—No hables más de él, por favor...

—Tengo que hablar. ¿No comprendes? Todos obedecéis a la misma persona. Todos estáis expuestos a que el capricho del jefe ordene eliminaros.

—Calla, por favor.

Su voz tenía ahora otro matiz. La súplica. Una faceta distinta.

—Tú también corres el mismo riesgo. Supongo que te das cuenta. ¿Verdad?

—¡Calla! —exclamó Ingrid suavemente.

—Pueden acabar contigo en cualquier momento. Bill y ese otro.

—¡No!

—No es que a mí me importe demasiado. Al fin y al cabo tú estás con ellos... Pero yo también siento debilidad por las mujeres. Sobre todo si son jóvenes y hermosas.

Ella sonrió aproximando su rostro al del detective.

—Me gustaría sentirme con fuerzas para...

—Calla... Yo haré que te repongas —susurró ella muy quedamente y más cerca aún.

—Ingrid... ¿Por qué haces esto?

—Por amor...

—Me estoy refiriendo a...

—Yo me refiero al amor. Amo el amor...

—Ingrid... Esa organización mató a Lesgard porque había inventado la antidroga...

No pudo concluir porque la boca de la noruega aplastó sus labios en un beso de fuego.

Cuando le soltó, Mike continuó imperturbable, aunque no le faltaran deseos de sorber aquel aliento con todas sus fuerzas.

—Han matado a otro médico del equipo de Lesgard. Lo oí mientras iba a...

Ingrid le acalló con un nuevo beso.

—¡Ingrid! Tarde o temprano la red quedará desarticulada. Tú caerás también... ¿Lo has pensado?

—Yo vivo el presente —susurró ella con una llamarada de pasión en todo su ser.

—De acuerdo, pero...

—Abrázame, Mike. Aunque no tengas fuerzas. Inténtalo. Abrázame. Lo necesito. Me gustas, Mike...

Era inútil poder dialogar con ella, y Mike no era de piedra, pero

estaba molido por los golpes.

Aun así, la abrazó.

CAPÍTULO X

Si alguien ha pensado alguna vez si es posible estar con una mujer y pensar al mismo tiempo en cosas diametralmente opuestas al amor, Mike Bano podría responder con un sí afirmativo a esa pregunta.

Y si hay hombres que han perdido la vida por hablar demasiado con la mujer que aman, y en el momento en que la aman, Mike se aplicaba el cuento, pero al revés. Él podría conseguir información de la ardiente Ingrid.

Ingrid, un monumento hecho carne, con un par de columnas graníticas por piernas, pero columnas moldeadas a cincel. Busto turgente de calculada medida, cintura proporcionada... Para Mike era la descripción de lo ideal.

Pero Ingrid, que amaba el amor, que gozaba sintiéndose amada, era escasamente habladora. No mezclaba los conceptos.

Mike no consiguió sonsacarla.

Al final, con amoroso son, su voz susurró:

—Descansa, Mike. Descansa. Mañana te encontrarás mejor. Mucho mejor...

—Ingrid... ¿Quién irá a Nueva York?

—Descansa, Mike.

—¿Quién irá a Nueva York? —insistió él.

—Bill y Mark.

—¿Los que me dieron la paliza?

—Descansa.

Mike consultó su reloj. Eran las cuatro de la madrugada. Se incorporó. Ingrid chasqueó repetidamente la lengua, haciendo un gesto negativo con la cabeza.

—Nada de moverte. Acuéstate. Anda. Sé bueno.

Ella estaba en pie junto a la cama, al lado de la mesita de noche.

Sin nada. Y sonreía benévola, cariñosa, casi maternal.

—Déjame salir de aquí. Déjame salir por las buenas. ¿Eh?

Ella volvió a chasquear la lengua.

—Creo que ya te he complacido bastante.

Por toda respuesta, Ingrid buscó debajo de la almohada. Su mano derecha reapareció armada de una pequeña pistola.

—Te he pedido que seas bueno —susurró con voz acariciante, pero encañonándole con firmeza—. No estropees las cosas.

—Tú piensas siempre en todo, ¿eh? —sonrió él.

—Me gusta ser precavida.

—¿Y vas a velarme toda la noche?

—No habrá necesidad, porque vas a ser bueno conmigo. ¿Verdad, cielo? —Y sin separarse del arma, le indicó la bebida que tenía en la otra mesita. Un vaso a medio llenar de algo—. Tómame esto. Es *whisky*. ¿No te gusta? Se habrá fundido el hielo que puse, cuando lo preparé.

—Seguro que se habrá fundido cuando lo has tocado —murmuró él.

—Te prepararé otro.

—No, cielo. No pienso beberlo.

—Te haría bien. El *whisky* sirve de sedante. A mí sí. Tiene un sabor horroroso, pero va bien para los nervios. Y para la circulación de la sangre. Anda, bebe.

—¿Es una orden? —sonrió él, mirando significativamente el arma que Ingrid seguía empuñando.

—¡Oh, no! No quiero darte órdenes. Y para que veas que confío en ti voy a dejarte solo. Un momento.

Ingrid desapareció tras la puerta del Bano. Mike tomó el vaso de *whisky* y lo olió.

Antes de que ella volviera, optó por vaciarlo bajo la alfombra afelpada que se hallaba en el suelo, a su lado de la cama. La misma lana chupó el líquido y el grosor de la tela impidió que quedara manchada por la parte de arriba.

Ella reapareció con un insignificante camisón, que apenas la cubría. La pistola se hallaba sujeta por el cinturón que, a modo de adorno para ceñir, llevaba la prenda.

Ingrid observó el vaso. Sonrió.

—Me gusta que hayas sido bueno. —Se sentó a su lado y le

acarició los cabellos—. Yo té dejaría salir, ¿sabes, cielo? No quiero que te ocurra nada. Eres tan viril, tan hombre... No. No deseo que te hagan daño, pero si te vas, me lo harán a mí. Tenías razón ¿sabes? Es el jefe quien manda y si sabe que te he dejado marchar, hará que me eliminen.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—¿Ir? ¿Adónde?

—Donde sea. No se atreverán...

—No es posible, cariño. No sabes lo que dices...

—Yo sí que lo sé. Lo que ocurre es que tú no deseas cambiar de vida. Prefieres que las cosas sigan como hasta ahora...

—No —el rostro de Ingrid se ensombreció—. Es más complicado de lo que tú imaginas.

—Cuéntame la verdad, mientras me visto. ¡Vamos! Vístete tú también. No existen problemas insolubles. Te aseguro que conmigo no te harán nada. Puedes empezar una nueva vida en cualquier parte. Éste es un país enorme. Y libre, según dicen.

—No puedo irme. Y te juro que me gustaría. Pero sé que no puedo. No me dejarían llegar muy lejos.

—Te tienen atemorizada. ¿Quién...?

—No hagas más preguntas.

Tras un silencio Mike comentó:

—¿Sabes qué pienso? Que el jefe debe confiar mucho en ti...

—No lo sé. Pero sí sé lo que me pasaría si siguiera tu consejo. No hablemos más de ello.

—Si éste es tu deseo...

—¿Mi deseo? ¡Oh, Mike! Tú no sabes cuál es mi deseo. No importa. Quizá nunca llegarías a comprenderlo.

—Te doy mi palabra que me esforzaré.

—Duerme.

—Dime quién es tu jefe.

—¿No has visto la película que filmaste? —preguntó ella.

—No. No la he visto. Sale él, ¿verdad? Por eso quieren tenerla.

—Lo ignoro. No sé si sale o no. Yo no estaba allí cuando ocurrió lo de Lesgard.

—¿Qué tiene que ver Steve de Soto en todo esto? —preguntó Mike de pronto.

Ella le miró de forma enigmática.

—¿El doctor De Soto?

—Sí. Tú estabas en el hospital. Alguien me llevó allí deliberadamente. ¿Era él?

—Joe te espiaba —dijo ella cabizbaja.

—Porque tú se lo pediste. Fue lo que él me dijo. Pero ¿y a ti? ¿Quién te da las órdenes? Porque debe de haber alguien más allí dentro. Quizá no sea el jefe, pero debe tratarse de alguien muy importante.

—Yo no puedo saber cómo funciona todo.

—Pero sí puedes saber si el doctor tiene algo que ver.

—No lo sé.

—¿No te da él las órdenes?

—No.

—¿Hay otra persona?

—No hagas más preguntas, por favor. No puedo decirte nada más. He dicho demasiado y es porque, en el fondo me duele que las cosas ocurran así. Me hubiera gustado conocerte en otro momento... ¡Oh! ¿No sientes sueño? Vamos, Mike, duerme...

Mike pensó que la bebida debía estar preparada y si era así, a ella le extrañaría que no hiciera efecto.

—Sí, tengo sueño, pero eso puede esperar. Si vienes conmigo...

—Buenas noches —fue la réplica de la joven.

Mike entornó los ojos. Bostezó cansado, sí, y se hubiera pegado a las sábanas, pero en aquellos momentos la tensión le mantenía despierto; lo otro era sólo fingimiento.

Cerró los ojos definitivamente y lanzó un discreto ronquido.

Ingrid no se fió del todo. Aguardó unos instantes, antes de apagar la luz.

Cinco minutos más tarde la habitación estaba a oscuras. Mike seguía con la misma actitud. Entonces Ingrid aproximó el revólver a la sien del hombre.

Aun sin verla, Mike adivinó sus intenciones. Entreabrió los ojos muy discretamente para ver entre las pestañas la actitud de Ingrid, que seguía encañonándole con el arma.

El detective no se movió. Procuró que su respiración no se alterara. Ni un solo músculo de su cuerpo se movió. Lo contrario le hubiese delatado.

Ingrid, en voz alta, dijo:

—Voy a matarte, Mike.

Pero él siguió con la misma actitud pasiva.

La noruega amartilló el arma.

CAPÍTULO XI

Por la calle se aproximaba un automóvil a marcha lenta. Era un «Ford» azul, que Mike hubiese reconocido enseguida.

Al volante iba la doctora Eva Adams, que aminoró la marcha al aproximarse a la casa de Ingrid.

Pasó ante la edificación observando la oscuridad reinante. No llegó a parar por completo. Aceleró ligeramente hasta la siguiente esquina y dobló por ella calle abajo.

En la alcoba de la noruega la situación era la misma, La muchacha rozaba ligeramente la sien de Mike que, con un gesto natural, se volvió como si buscara una posición más cómoda para dormir, tratando de apartar de sí aquel cosquilleo con un gesto natural.

Ingrid cayó en la trampa. Pensó que estaba realmente dormido y apartó el arma de la cabeza del detective. Dio la vuelta a la cama y buscó un cigarrillo. Lo encendió y tras lanzar una bocanada de azulado humo, se dirigió hacia el diván para sentarse. Dejó el revólver al alcance de su mano y su mirada se posó en el durmiente.

En la calle, Eva Adams dio una segunda pasada por la casa, observando, como la vez anterior, que todo estaba cerrado y oscuro.

Un cuarto de hora después, Ingrid empezó a sentir la pesadez del sueño, pero no quería dormirse.

Mike la observaba a hurtadillas. Ella no podía ver, en la distancia, el movimiento de sus ojos.

El sí la vio levantarse para dirigirse al Bano. Estuvo solo un momento. El tiempo de ingerir un par de tabletas para mantenerse despierta. Se miró unos instantes al espejo, recreándose en su propia belleza.

Salió sin hacer ruido. Iba directa de nuevo al sofá cuando se

sintió atenazada por detrás.

—Lo siento, nena. No quería hacerte daño, pero no pienso echar raíces en tu casa.

Era Mike. Ingrid quiso revolverse. Él le tapó la boca con una mano mientras con la otra la golpeó varias veces en la nuca y vértebras. Fueron golpes rápidos y precisos, suficientes para inmovilizarla primero y anestesiarse después.

La dejó caer suavemente sobre la moqueta.

—Hummm... Traté de ayudarte, pero no me has dejado. Lo siento.

Buscó su ropa en la planta baja de la casa. Estaba esparcida por el suelo, sucia y manchada por la pelea. Pensó que eso era lo de menos. Se la puso en un instante. Luego recordó el arma que antes llevaba consigo. No la encontró. Se la habrían llevado. Volvió arriba recordando la pistola de Ingrid. Estaba en el suelo junto al cuerpo inanimado de la noruega. Al agacharse sintió dolores en todo el cuerpo. Estaba molido y no había conseguido recuperarse del todo.

Ya con el arma miró en derredor y empezó a registrar la habitación con la habilidad de un experto.

Los cajones del tocador fueron revisados con rapidez y seguridad, el armario, las mesitas. Había también un escritorio cerrado. No le resultó nada difícil forzarlo.

Había papeles y dinero. Un rollo de billetes de Banco. Mike, a groso modo, calculó más de veinte mil dólares. Los dejó en su sitio.

Una foto de una niña de unos ocho años, rubia platino, al lado de un matrimonio. Al fondo una casa de campo. Mike pensó que podía tratarse de Noruega. La niña de los cabellos de oro debía ser la propia Ingrid. Instintivamente la guardó para sí.

Siguió buscando.

En uno de los pequeños cajones encontró una agenda con direcciones. Muy pocas. Cuatro en total. Iba a arrancar la hoja, pero optó por anotarlas. Utilizó signos taquigráficos o algo parecido para ganar tiempo.

Se volvió una vez. Ingrid seguía inconsciente, pero no tardaría demasiado en despertar. No le había golpeado con demasiada fuerza, lo justo para poder huir.

Aún le faltaba otra pieza de aquel complicado *puzzle* para añadir a la colección. Un retrato del profesor Paul Lesgard acompañado de

ella misma.

—Lesgard y la noruega —musitó Mike.

Lo guardó y viendo que no había nada más de su interés decidió salir de la habitación.

Una ojeada profesional en la planta baja le bastó para comprender que allí no encontraría nada.

Iba hacia la puerta para salir cuando llegó hasta sus oídos un leve gemido. ¡Ingrid estaba volviendo en sí!

Ya sin perder un segundo, salió a toda prisa.

Se dijo que la noruega no tardaría en llamar por teléfono a alguien pidiendo ayuda y él. —Mike Bano— se vería cercado en la ciudad y no se encontraba en forma para andar huyendo. No. No podía dejarse acosar en su estado mermado físicamente.

Aun así, se separó corriendo de la casa. Quería alejarse lo más posible. Si encontrara un taxi. Pero ni el lugar ni la hora eran los más propicios.

Sin embargo, surgió lo imprevisto. El auto azul. El coche de la doctora Evans.

Vio los faros y frenó bruscamente su carrera. Jadeaba más de dolor que de cansancio.

—¡Mike! —La voz de la mujer le sonó a música celestial.

Se introdujo en el coche y Eva comprendió enseguida lo que había pasado. Por lo menos, lo que le habían hecho.

—¡Cielo santo! Cómo te han puesto.

—¡Vámonos pronto de aquí! ¿Quieres?

—Te llevaré al hospital.

—¡No! Por favor te lo pido. ¡Al hospital no!

—Yo vivo en el pabellón contiguo. No te verá nadie.

—Necesito salir de la ciudad.

—A estas horas, imposible.

—Préstame tu coche. No tardarán en buscarme. Deben haber empezado ya...

—¡Cielos! Pero ¿qué te han hecho?

—Menos de lo que imaginan... ¿Me prestas el coche?

—No, Mike. Y lo siento. No quiero colaborar en tu perdición. En mi pabellón estarás seguro. Nadie te verá. Te lo prometo. Nadie sabrá que estás conmigo. Créeme, será el último sitio donde te busquen...

Mike se la quedó mirando. Sus últimas palabras equivalían a algo muy concreto.

—¿Cómo estás tan segura?

—Es algo que quería contarte. Lo he sabido hace poco. Te lo diré en cuanto lleguemos.

* * *

El pabellón que Eva ocupaba en la clínica-residencia del doctor De Soto, se hallaba situado en los terrenos del recinto, irnos doscientos metros al fondo. Tenía entrada independiente y a la hora que llegaron, cerca de las cuatro y media, el silencio era absoluto.

Eva metió el auto directamente en el garaje y ya sin salir fuera pasó al interior de la casa.

Antes de encender las luces cerró bien las gruesas cortinas.

Ya iluminado, Mike se vio ante un confortable saloncito. No muy grande, pero cómodo y amueblado con gusto. La construcción era posterior a la clínica y, por tanto, nada tenía que ver con el estilo colonial.

—¿Quieres tomar un Bano? Yo voy a buscar algo para curarte.

—Todo el mundo quiere curarme. No te preocupes...

Lo que me interesa es saber lo que has descubierto.

—Espera. Primero quiero ver estas heridas. No tienen muy buen aspecto.

—Es natural. Me atizaron a modo. Era el único medio de hacerles caer en la trampa.

—¿Una trampa?

—Sí, pero no me hagas preguntas a mí. Y dime lo que sabes tú.

Eva desapareció un instante y reapareció llevando un maletín de urgencia.

—Tienes las heridas infectadas. —Preparó una inyección.

—¿Qué haces?

—Darte un analgésico. Luego veré lo que puedo hacer.

—¡No quiero analgésicos! ¡Diablos! —Y ante el estupor de Eva rectificó—: Perdona. Estoy nervioso.

—Esto te calmará.

—¡Necesito estar nervioso! Es lo que me mantiene despierto.

¡Oh, cielos! Tengo que llamar a Nueva York.

—Puedes hacerlo desde aquí. Anda, quítate la chaqueta.

Mike obedeció, refunfuñando algo entre dientes.

—Levanta la manga —pidió ella.

—Oye... ¿Esto no me hará dormir, verdad?

—Sólo te relajará. Lo necesitas. Estás excitadísimo...

Dudó un instante, pero al fin accedió a dejarse inyectar. Eva demostró una excelente habilidad. En un instante, le hubo inyectado y él apenas sintió el pinchazo.

Marcó el número de teléfono que sabía de memoria y esperó.

Lo primero que escuchó al otro lado del hilo, cuando se estableció la comunicación, fue la soñolienta voz de su amigo Ben Tryley...

—¡Qué noche! ¿Quién es ahora? —Gruñó.

—Perdona, Ben... Supuse que dormías, pero es necesario que te prevenga de algo.

—Oh, Mike... Si eres tú, adelante. ¡Ah! He cumplido tu encargo. Lo que me pediste está listo.

—Estupendo, Ben. Ahora, ten cuidado. Todo está en marcha.

—¿Todo? ¿El qué?

—Los que vendrán por la película. Son dos. Peligrosos. No te confíes. Mejor que no te encuentren. Voy a describírtelos.

En breves palabras, Mike Bano hizo un retrato muy aproximado de Bill y de Mark. Luego le dio el número de teléfono de su apartamento de Hollywood.

—Llamaré cuando todo haya concluido.

—No te preocupes. Saldrá todo bien —repuso Ben, desde Nueva York—. Gracias por advertirme.

Mike colgó y lanzó un suspiro.

—Ya está. Todo marcha...

—¿Tú crees? —preguntó la doctora, con un tubo de pomada en la mano—. Anda, siéntate. Te pondré esto.

—Sí. A continuación de que me digas lo que tienes que contarme.

Ella sonrió.

—Claro, tonto. Siéntate y relájate, ¿eh?

Mike sentía unos terribles deseos de descansar. No le costó seguir la sugerencia de Eva. Se sentó y apoyó su cabeza en el respaldo.

Ahora sí que sentía sueño de verdad. Mucho sueño... Un sueño profundo, imparable. No había posibilidad de dominarlo.

Sintió sobre su piel dolorida el ungüento que Eva le aplicaba.

¡No! No quería dormirse. No quería.

Creyó ver a la joven observándole con atención. Fugazmente, pensó en el inyectable que ella le había puesto, momentos antes. Luego, ya fue incapaz de volver a coordinar.

CAPÍTULO XII

24 de diciembre. 5,30 de la tarde. Nueva York

Ben Tryley asomó un momento por el portal de su estudio y observó la animación de la calle. Luces, tráfico, ir y venir de personas. Se aproximaba la Nochebuena. Aún había gentes que llevaban pequeños árboles a cuestas para cumplir con la tradición en sus hogares.

Otros preferían beber en los bares para empezar prematuramente la borrachera menos tradicional, pero casi obligada para algunos.

Ben bajó la puerta de aluminio ondulado de su escaparate y echó a medias la de la entrada, no sin antes dar una segunda ojeada.

Desde el bar de la otra acera, ligeramente oblicuo a su casa, un par de sujetos devoraban sendos hot dogs y tenían ante sí, en el mismo mostrador, otras tantas jarras de cerveza. De cuando en cuando, observaban la Foto America Studio y por ello advirtieron el movimiento de cierre de su propietario.

Ambos sujetos se Cubrían con una pelliza, el de más edad y el más joven lo hacía con una chaqueta de cuero. Sí. Eran Mark y Bill, respectivamente.

Ambos habían observado asimismo el callejón que hacía esquina con la tienda de Ben. Luego vieron también cómo el propietario del estudio desaparecía hacia dentro.

Lo que no pudieron ver fue cómo Ben Tryley repasaba los preparativos, consistentes en una cámara oculta entre cajas de clisés que tenía en el estante. En realidad, la cámara estaba en un cuarto

contiguo, y su objetivo aparecía por un pequeño agujero, que era imposible descubrir entre el material almacenado.

Una clavija se hallaba enchufada a un pequeño aparato detector. El otro extremo iba unido a un dispositivo adjunto a la cámara. Una prolongación estaba conectada a un control remoto, de modo que cuando alguien cruzara por determinada línea del estudio, accionaría el control, y éste automáticamente pondría en funcionamiento la cámara. Todo lo que allí ocurriese, desde aquel momento, quedaría impresionado.

En la calle, seguía el trajín, y no faltaban los inevitables Santa Klaus.

Nadie ha podido calcular exactamente el número de Santa Klaus que se reúnen en Nueva York durante la Nochebuena. Los de los grandes almacenes y bazares, los hombres anuncio, los que transitan por la calle por simple diversión. Y tal vez los que, con semejante y tradicional disfraz, pretenden ocultar su rostro.

No era, pues, de extrañar que, media hora más tarde a las seis en punto un par de Santa Klaus salieran separadamente del bar, situado oblicuamente a Foto America Studio.

Uno de ellos llevaba un maletín que antes había contenido los disfraces.

—No me gusta esta máscara —murmuró.

El otro replicó:

—El jefe quiere que se haga así, por si algo sale mal.

—¿Y por qué tiene que salir mal? Ese tipo está solo ahí.

—De cualquier modo, con estas ropas no podrá identificarnos.

El Santa Klaus de voz más joven sonrió bajo sus postizos blancos, al tiempo que afirmaba:

—Cuando salgamos de ahí, Ben Tryley no podrá identificar a nadie, porque habrá muerto.

Mike Bano habría reconocido aquel par de voces como pertenecientes a Bill y Mark, respectivamente, que ahora cruzaban la calle con destino al callejón contiguo al estudio fotográfico.

En aquel instante, Ben Tryley salía por la puerta del callejón. Vio aparecer a los dos Santa Klaus y, de momento, no le dio importancia. Cuando advirtió que se dirigían rápidamente hacia él era ya demasiado tarde, porque el más joven le estaba encañonando con un arma y el cuarentón le empujaba con fuerza, al tiempo que,

con voz autoritaria, exclamó:

—¡Adentro!

Ben del fuerte empujón, se vio impelido contra un estante muy próximo a la puerta.

—¡Eh! ¿Qué significa esto? Si buscan dinero, pierden el tiempo. Sólo tengo unos pocos dólares. Hoy no ha sido un buen día...

De sobra imaginaba que no era dinero lo que buscaban aquel par. Y ahora, el que le había empujado cerraba la puerta, mientras el otro le hundía en el abdomen el cañón del arma, provista de silenciador.

—Queremos cierta película que te fue confiada... Mike Bano dijo que la tenías tú. Deprisa —dijo Bill.

—¡Ah! Bueno. Yo...

Bill mostró sus instintos violentos golpeándole por partida doble con la mano abierta. Ben se tambaleó, mientras mascullaba:

—¡Hijo de perra!

—¡Muévete, si no quieres que te rompa la cabeza! La encontraremos, de todos modos.

Mark le empujó con violencia y Ben, dando un traspié, traspasó el control remoto, con lo que la cámara comenzó a funcionar.

Los dos ladrones entraron inmediatamente en el campo visual, y Ben, con miedo medio fingido y medio real, balbucía:

—Esperen, esperen. La tengo ahí. —Y comenzó a buscar en un estante.

Los otros dos seguían a su espalda. Podía hasta oler su aliento.

—Aquí. Ésta es... —Y les mostró un rollo de película de ocho milímetros, en su correspondiente estuche.

—¿Seguro que es ésta? —inquirió Mark—. Bien. Ahora lo veremos. Tú tienes de todo. Pásala. Date prisa.

—Sí, sí... Ahora. —Y Ben sacó el filme del interior del estuche y eligió uno de los proyectores, al que aplicó el rollo. Luego, se alejó hacia la pared, y cuando le preguntaron dónde iba, indicó la pantalla, que tenía enrollada.

Momentos después, todo estaba dispuesto para la proyección.

La débil luz del estudio no impedía la visión de la película, que comenzaba con un plano general de la sala de conferencias de la Fundación Maldein, la tarde en que asesinaron al profesor Lesgard.

La película tenía una duración de doce minutos, y en ella estaba

registrado todo, hasta minutos después de la muerte del profesor.

Un primer plano del cuerpo tendido de Lesgard puso fin a la proyección.

—¿Esto es todo? —preguntó Bill.

—Sí, todo. ¿Por qué? —inquirió a su vez Ben, un tanto extrañado.

—Aquí falta algo —siguió Bill.

Mark alargó la mano y exigió:

—¡Vamos, el rollo! Ponlo en la funda y dámelo.

Ben se apresuró a obedecer, pero Bill seguía insistiendo:

—Aquí tiene que faltar algo. Ese perro ha debido ser avisado. ¡Maldita sea!

Mark tampoco parecía entenderlo demasiado.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué diablos piensas que falta algo?

—¡Yo no he quitado nada! Lo juro —adujo Ben, y decía la verdad.

—Ese tipo miente, Mark. Te lo digo... ¿No lo entiendes? Los «polis» buscan esa película porque suponen que en ella se ve al tipo que disparó contra Lesgard.

Mark quedó dubitativo, pero Ben sonrió, algo más tranquilo.

—¡Oh! Si esto es lo que buscan, no les servirá de nada. Al profesor le dispararon desde dentro. Entre los cortinajes. ¿No te has fijado? Se ve, unos momentos, asomar el arma. Si quieren, vuelvo a pasar la película.

—No hace falta. Ya lo he visto —gruñó Mark—. ¡Vamos! La película... —Y dirigiéndose a su compinche, añadió—: Y tú deja de encontrar inconvenientes.

—No lo entiendo. De veras que no lo entiendo —replicó Santa Klaus Bill—. Porque eso no acusa a nadie.

Mark recordó perfectamente el plano en que surgía el revólver y la mano enguantada que lo empuñaba y decidió:

—Basta, no es de nuestra incumbencia. Ya podemos largarnos. Toma, mételo en el maletín.

Bill obedeció y comenzó a andar hasta la puerta con salida al callejón. Se volvió un momento, con el arma en la mano y añadió:

—¡Ah! Se me olvidaba algo. —Y sin añadir palabra, apretó dos veces el gatillo.

Ben Tryley, a menos de tres metros, recibió dos impactos de bala

en el pecho.

Sorprendido, abrió la boca desmesuradamente, para cerrarla poco a poco, mientras se doblaba hacia delante, vencido por la muerte.

Quedó tendido, con una extraña mueca.

Los asesinos huyeron rápidamente.

CAPÍTULO XIII

Tres horas más tarde, en Arizona

Eran las 5,30 en Phoenix por la diferencia horaria. Y en la capital del estado, aunque con menos intensidad que en Nueva York, la gente también se apresuraba con paquetes de regalos para depositar bajo el árbol familiar. No faltaban las estampas vivientes de los Santa Klaus profesionales o familiares. Igualmente, reinaba animación en los bares. Cada cual iba a celebrar la Nochebuena a su manera.

En el hotel Washington, Martin Barnes llamó a su mujer para decirle:

—Esta noche cenaré contigo, querida. Prepáralo todo, como cada año.

Marina Maldein, la poco agraciada heredera de la fundación, no mostró excesivo júbilo por la noticia que acababa de recibir.

—Casi me olvidaba de ti, encanto.

—Eres muy cariñosa, cuando quieres —replicó él.

—Es la costumbre. Pero no nos podemos quejar, ¿verdad? Cada uno tiene lo que deseaba. Adiós, cielo.

—Adiós, amor.

Siempre igual. Ni una palabra más alta que la otra. Cualquiera que les oyera pensaría hallarse ante el matrimonio mejor avenido de la Tierra, pero, como todo liega a saberse, para muchos no era un secreto que, tras aquellas palabras llenas de almíbar, se ocultaba el verdadero sentir de cada uno. El odio hacia lo que no se puede comprar: el amor auténtico, la comprensión mutua y la auténtica riqueza, la que no se basa exclusivamente en los millones.

Pero así estaba la cosa, y una vez más, Barnes entendió la disimulada puya de su esposa: «¿No nos podemos quejar, verdad, encanto?». Ella tenía un marido otrora codiciado por jóvenes agraciadas, y él tenía el dinero.

Los pensamientos de Barnes quedaron interrumpidos con la llegada de Cockhram, que anunció:

—Ni rastro de Mike Bano. Algo me huele mi nariz. Apostaría que, en lo sucedido anoche, nuestro particular detective no es ajeno.

—Siempre tan sagaz. ¿Has conseguido los pasajes?

—Sí, Nuestro avión sale dentro de dos horas.

—Bien, yo tengo todo lo mío preparado.

—Yo tengo poco que arreglar.

—Ve a tu habitación. Te llamaré, cuando nos vayamos.

El policía quedóse mirando unos instantes a Barnes.

—¿Abandonas el asunto definitivamente? ¿Me das carta blanca?

—Ni lo uno ni lo otro. Sólo que ahora estamos en Navidad. ¡Claro que tú no tienes familia!

—No, No he sido tan afortunado como tú —replicó el policía, con marcado reproche.

Barnes, lejos de darse por entendido, sonrió e invitó:

—¿Quieres comer con nosotros esta noche?

—Gracias. Pero no es mi ambiente.

—Te advierto que las cenas familiares de mi mujer son famosas.

—Seguro —repuso Cockhram, y salió de la habitación.

* * *

—Seguro —decía, en aquel mismo instante, la doctora Eva Adams—. Aquí has estado seguro.

Mike acababa de incorporarse de la cama de un salto.

—¡Seguro! Son más de las cinco y media, y he dormido doce horas seguidas.

—Te convenía.

—¿Qué diablos me has inyectado, Eva?

Alguien apareció en el umbral de la puerta, en aquellos instantes. Había entrado sin llamar. Era el doctor Steve de Soto. Con una sonrisa, preguntó innecesariamente:

—¿Ya ha despertado?

—Ahora mismo —replicó ella.

Mike miró al médico, lleno de recelo.

—¿Qué significa esto? Dijiste que nadie sabría...

—Ella trató de ayudarle. No vaya a reprochárselo ahora —atajó De Soto—. Y la verdad es que Eva ha corrido un buen riesgo. ¿No se enteró de lo que pasó anoche? Asesinaron a un joven. La policía busca al criminal... En fin, puesto que la doctora quiere ayudarle, haré lo posible por complacerla.

—¿Usted? —inquirió Mike.

—Aprecio mucho a la doctora Adams, señor Bano, y no quiero que se meta en ningún lío, y puesto que parece que usted ya está mejor, le acompañaré personalmente al aeropuerto. ¿No quería ir Los Angeles?

Mike dudó un instante. Fue el momento en que su mirada se posó en la mesita de noche. Allí estaba su cartera y las dos fotografías que había tomado del escritorio de la noruega Ingrid.

¡Le habían estado registrando sus cosas!

Eva lo advirtió y se apresuró a decir:

—Al ponerte bien la chaqueta, se te cayó esto. Anda, vístete. El doctor te acompañará y que tengas buen viaje.

Mike tomó las fotos en silencio y las miró unos instantes.

—Las tenía Ingrid en su escritorio. Las ha mirado, ¿eh?

—No pude evitarlo —sonrió ella, como excusándose.

—¿Le gusta esta muchacha? —preguntó De Soto.

—Lo que me gustaría saber es qué relación tiene con el profesor Lesgard.

—No conocí personalmente al profesor Lesgard —repuso el médico—. Pero tratándose de Ingrid, no es raro pensar que hubiera sido su amante. Ingrid es... un poco ninfómana, para decirlo de algún modo.

—Lesgard podía ser su padre. —Y al decirlo, observó la otra foto, en que Ingrid, de niña, estaba con sus padres, relativamente jóvenes. El detective comparó a los dos hombres. Indudablemente, a ambos retratos les separaba un lapso de quince años por lo menos y, a simple vista, no había ningún parecido entre el rubio noruego de la foto de Ingrid, niña, con la del profesor Lesgard, de pelo gris y rostro enjuto.

—Ingrid no hace grandes distinguos en cuestión de edades. Le gustan todos —adujo De Soto, y añadió, casi sin darle importancia—. ¿Por qué tiene usted esas fotos, señor Bano? ¿Se las dio ella?

—Usted sabe que no, De Soto —espetó el detective.

—¡Mike! —reprochó la doctora.

—Sufre usted un tremendo *shock*, señor Bano —adujo el médico—. No sabe lo que dice. Está lleno de confusiones, pero le aseguro que lo que busca no está aquí.

—Mike, Steve sólo pretende ayudarle. ¡Lo hace por mí...! —recalcó ella.

—Alguien me trajo aquí para someterme a vigilancia —increpó el detective.

—Si pretende desacreditar mi establecimiento, le aseguro que no moveré ni un solo dedo para ayudarle —amenazó el médico—. Ni que me lo pida Eva. ¿Está dispuesto a marcharse? Conste que no soy yo quien le echo. Usted decide. Si se va, le acompañaré al aeropuerto y esperaré a que su avión haya despegado. Hay un vuelo a las diez de la noche. Cuando lo haya pensado, me avisa. Buenas tardes. —De Soto salió con ofendida dignidad, y Eva se apresuró a reprobar dulcemente al joven—. No debiste hablarle así. Te lo dije. Es un buen hombre.

—Quizá me haya equivocado, Eva. Si es así, lo siento.

—¿No estás convencido?

—No lo sé. De veras. Yo debería estar ya en Los Angeles. Di un número de teléfono a Ben Tryley. A estas horas, Bill y Mark deben estar ya de vuelta... Ese sueño que me has impuesto ha estropeado mis planes. Necesito llamar por teléfono.

* * *

El teléfono que Mike había facilitado a Ben estaba sonando insistentemente, sin que nadie tomara el recado.

El número correspondía a un apartamento de Hollywood, el refugio que el detective poseía, y que sólo visitaba en escasas ocasiones. Pensó que en ésta podía servirle, pero la inyección le había retenido en Phoenix.

Y ahora Mike seguía en la capital de Arizona, tratando a su vez de establecer contacto con el estudio de Ben Tryley. Pero, naturalmente, nadie contestaba.

El cadáver de Ben seguía en el suelo tal y como la muerte le había sorprendido.

Mike colgó con un presentimiento.

—Es extraño. Si Ben ha llamado a mi apartamento, al advertir que no contesto, tendría que haberse quedado en el estudio, esperando que me comunicara con él.

—¿No sabes qué día es hoy, Mike? —recordó Eva—. Estamos en Nochebuena...

Mike se mesó los cabellos. Volvió a mirar las fotos y extrajo del interior del bolsillo el papel donde había anotado los números de la agenda de Ingrid. El papel le había quedado en el fondo del bolsillo. Estaba muy arrugado. Lo alisó y memorizó aquellas cifras. Luego pasó la nota a Eva.

—¿Conoces alguno de estos números? —le preguntó.

Ella los miró, uno a uno, sin el menor gesto que delatara sorpresa o emoción. Se encogió de hombros.

—No —replicó—. ¿De dónde los has sacado?

—Son de Ingrid.

—Pertenecen a teléfonos de Phoenix, desde luego. Al menos, así me lo parece.

—Voy a intentar llamar... —dijo él, tomando nuevamente el auricular del teléfono para seguidamente empezar a accionar el disco.

—¿Por qué no te vas? Estarás más seguro.

—De acuerdo, me iré. Pero el avión no sale hasta las diez. ¿Recuerdas?

—Avisaré a Steve —repuso ella, y se puso en pie para dirigirse a la puerta. Desde allí le echó un beso y luego desapareció.

En el primer número que Steve marcó, no contestó nadie. Probaron con el segundo:

224 723.

—¿Diga? —Sonó la voz de una mujer, al otro lado. Y el corazón de Mike le dio un vuelco. Aquella voz...

Pero necesitaba oírle un poco más, por eso, fingiendo la suya, inquirió:

—¿Está el señor Lambert? —Le salió un sonido nasal, de imposible identificación.

—Se ha equivocado —respondió la voz femenina.

—¡Oiga! ¿Esto no es Conway Island?

—No. Ya le he dicho que se ha equivocado. —Y la mujer colgó, pero para Mike ya no cabía la menor duda. Era la propia Ingrid la que se había puesto al teléfono. Siendo así... cabía pensar que había llamado a la casa donde estuvo la noche antes, pero el nombre que él había anotado no era el de Ingrid.

Consultó el listín telefónico, y buscó la calle de las afueras donde la enfermera tenía la casa. Recordaba perfectamente el nombre.

No. Allí no figuraba aquel número. La casa de la noruega tenía otro.

—Esto significa que está en otro sitio se dijo en voz alta.

Le quedaban otro par de números.

—Veamos éstos —añadió, y marcó el tercero, sin obtener resultados. No contestaban.

Atacó el cuarto y esta vez le respondió una voz varonil.

—¿Quién llama?

Mike se vio iluminado por una idea repentina, y mintió:

—Soy De Soto. Tengo que verte.

—Creo que se ha equivocado de número. Yo no conozco a ningún De Soto. ¿Por quién pregunta?

—No digas estupideces. Sabes perfectamente por quién pregunto.

—Lo siento, señor. Está confundido. —Y colgó.

—¡Espere! —exclamó Mike, pero el otro había cortado ya. No obstante, la mirada del detective se había iluminado.

Algo empezaba a germinar en su cerebro. Era casi increíble, pero...

CAPÍTULO XIV

Cuando Eva regresó, lo hizo acompañada del doctor De Soto, quien dijo:

—Me alegro que haya decidido marchar.

Mike estaba buscando en el listín telefónico un número de la serie inicial al último que había llamado; quizá con un poco de suerte, lograría dar con él.

—Es lo mejor que puedo hacer, doctor. Si me permite un momento...

—¿Busca algunas señas? —preguntó el médico.

—Es sólo una comprobación.

—Bien...

El detective tenía ya la serie de números que buscaba, sólo faltaba dar con el suyo.

¡Ahí estaba!

Leyó el nombre:

«URBANIZACION COLORADO, *BUNGALOW* 42».

No había nombre. Se trataba, sin duda, de *bungalows* alquilables por temporadas, en los que sólo constaba el número. Era suficiente. Cerró el listín y sonrió.

De Soto se aproximó al teléfono y murmuró:

—Voy a encargar su plaza. No sea que el vuelo esté completo.

—Puede llevarme ahora mismo y dejarme allí. No quiero fastidiar su Nochebuena.

—Yo no tengo familia. En realidad, mi familia está aquí. Las enfermeras, la doctora. Por cierto, Eva, ¿te importaría ir a calmar al paciente de la 12? No deja en paz a la enfermera. Si vas tú podrás

convencerle de que lo que le ocurre es normal, después de una intervención. Tú sabes hacerlo. Luego, pasaremos a despedirnos.

Ella asintió y salió de la habitación.

De Soto marcó un número de teléfono. Mike estaba junto a él, y vio cómo introducía el índice en el agujero correspondiente a cada guarismo.

Luego, cuando De Soto hubo terminado, Mike pudo escuchar el chasquido al otro lado de la línea y una voz femenina.

El médico pidió:

—¿Quedan plazas para el vuelo de las diez con destino a Los Angeles?

—Sí —respondió la voz femenina, y hasta Mike pudo oírla.

—Reserve una, por favor. No ponga nombre, de momento. El encargo es para el doctor Steve de Soto.

—Sí, señor —respondió la voz.

—Gracias. —De Soto colgó.

—Ha tenido suerte.

—Bien, doctor. Voy a asearme. Estaré listo en un momento.

—No hay prisa. Voy a preparar el coche.

Cinco minutos más tarde, el detective estaba preparado. De Soto se hallaba fuera esperándole. Mike había pedido otra llamada a larga distancia.

Una vez más, sonó el timbre telefónico del estudio de Ben Ryley. Esta vez contestó alguien.

—¿Ben?

—Ben no puede ponerse —replicó una voz que tampoco era desconocida para el detective—. ¿Quién es?

—Un amigo...

—¿Eres Mike?

—Sí.

—¡Oh, Mike, he estado llamando al número que dejaste a Ben! Soy Dawn. Me recuerdas, ¿verdad?

—Claro que sí. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido horrible. Le han asesinado a sangre fría. No hemos podido evitarlo. Ben salió demasiado tarde. Clay y yo estábamos por los alrededores, pero no pudimos sospechar que se disfrazarían de Santa Klaus. —El comunicante explicó, por encima, lo ocurrido y concluyó—: Cuando entré, Ben estaba muerto. Clay siguió a los

otros. Han tomado un vuelo para Phoenix.

El detective apretó los dientes. La muerte de su amigo le roía el alma.

—¡Malditos! ¿A qué hora llegarán?

—Es un vuelo con escalas. Clay lo ha preguntado. Parece que tiene su llegada a Phoenix sobre las diez.

—¿Habéis hecho algo?

—Todavía no. Esperábamos hablar contigo. De todos modos, hay que avisar a la policía.

—Sí. Hacedlo. Si todo sale bien, estaré aquí dentro de un par de días. ¿Sabéis algo de la copia de la película?

—Clay la lleva consigo. Él también ha tomado el mismo avión que los asesinos. Ha jurado no perderles de vista.

—Cuidado. Esto puede ser peligroso. Si se dan cuenta...

—Clay no se dejará sorprender. De todos modos, hay otra copia. Ben hizo dos. Ya sabes que siempre trabaja sobre seguro.

—De poco le ha servido, para salvarse. Pero en cuanto coja a éstos... Adiós, Dawn. Gracias por todo. —Colgó.

La noticia de la muerte de su amigo le había alterado. Procuró serenarse y, al hacerlo, miró al exterior, a través de la ventana del pabellón. Vio a De Soto junto al coche. Apretó los dientes.

En aquellos momentos, recordaba el número que había marcado el médico.

No había llamado al aeropuerto, porque las cifras que marcó eran...

224 723.

Las de la agenda de Ingrid. ¡Y era la propia Ingrid quien había respondido!

CAPÍTULO XV

De Soto conducía el automóvil y, a su lado, atento a la carretera, iba Mike Bano.

Era, en efecto, el camino del aeropuerto sólo que el doctor viró inesperadamente por un sendero hacia la derecha. Mike esperaba algo parecido. Palpó la pistola que se había llevado de casa de Ingrid y preguntó tranquilamente:

—¿Dónde va a hacerlo, doctor? ¿Cuántos kilómetros más hemos de recorrer para que me asesine?

De Soto frenó bruscamente.

—No soy un asesino, Bano. Simplemente, me gusta experimentar... Y es lo que voy a hacer con usted. No le asesinaré.

—Pues yo sí estoy dispuesto a hacerlo. —Y al decirlo, Mike hundió el arma en las costillas del médico.

—Estése quieto. ¿Piensa asustarme?

—Lo que tengo en la mano es una pistola. De Ingrid. La tuve varios minutos rozándome la sien, esta madrugada pasada.

De Soto sonrió y sacó algo del bolsillo.

—¡Quietos! No me obligue. ¡Se acabó la comedia!

De Soto mostró un inyectable.

—No voy a hacerle daño. Dormirá sencillamente. No le ocurrirá nada. Cuando despierte, será otro hombre. Otra persona, con otra mentalidad. No recordará absolutamente nada.

—Le estoy hablando en serio, De Soto. Esta pistola está cargada.

—Pruebe a disparar. Es una detonadora. Yo se la regalé a Ingrid. Esas balas son auténticas, es para que hagan efecto, pero no salen. Pruebe a apretar el gatillo. Ande. Es un vulgar encendedor. —Y De Soto rió, paternalista.

Mike retiró el arma y disparó hacia delante. Sólo consiguió que

del cañón apareciera una llama, producida por la carga de gas.

El médico trató de hundir el inyectable en el brazo de Mike, pero éste consiguió esquivarle y, con el arma inútil, golpeó el rostro de su enemigo. No pudo alcanzarle bien, debido a lo incómodo de su posición, pero abrió la portezuela y tiró de él con fuerza.

De Soto seguía con la jeringuilla de plástico en la otra mano. Mike, ya fuera del coche, consiguió sacar al médico y, de un directo, le derribó. Esta vez, la jeringuilla se escapó de las manos del doctor.

Mike incorporó a De Soto con alguna dificultad. No era demasiado enemigo para él pero su cuerpo aún no se había repuesto del castigo que recibiera el día anterior, si bien los cuidados de las mujeres y el descanso final, habían conseguido que recuperase parte de su vigor.

Retorciéndole el brazo a la espalda, Mike amenazó:

—Tiene muchas cosas que contarme, De Soto. Y si no lo hace, le aseguro que no podrá volver a ejercer.

—No sabe comprender nada, señor Bano. Ellos han conseguido la película. Usted ya no interesa. Hay una orden para eliminarle.

—Eso lo supongo... Pero lo que quiero que me diga es qué pito toca usted en este asunto, De Soto...

—Yo le salvo a usted la vida. He logrado esa concesión. ¿No lo comprende? Debería agradecérmelo. Si me mata a mí, está perdido. Lo buscarán por todas partes, y le encontrarán donde quiera que se esconda.

—Es que no pienso esconderme, ¿sabe? Esa película que tanto le interesa, no es única. Hay otras. No soy tan imbécil...

—¿Hay otras? ¡Oh, bueno! Pero ellos no lo saben. Y le matarán...

—Quizá lo consigan, pero, uno a uno, caerán todos. Usted ya ha caído.

—No caerán. Los fuertes nunca caen. ¿No le ha enseñado esto la vida?

La voz del doctor no era la del hombre asustado; surgía con absoluta seguridad. Se quebraba a veces por el dolor que le producía la presión que Mike ejercía sobre su brazo, pero seguía firme.

—Quizá Los más insignificantes sean apartados de la circulación,

pero los de arriba seguirán...

—Cuando se sepa la verdad...

—¿La verdad? ¿La sabe usted?

—Sin ver la película, tenía una sospecha. Ahora estoy casi seguro.

De Soto sonrió.

—No sabe nada. Absolutamente nada —rióse el médico, en actitud casi compasiva. Mike apretó un poco más.

—No puedo perder más tiempo con usted, doctor. Ya me ocuparé más tarde de su persona. —Le obligó a echarse al suelo, cerca del inyectable, que Mike tomó—. Dormirá un poco. Pero antes, dígame una cosa... ¿Qué pinta Eva en todo esto?

—Nada. Ella no sabe nada. Por eso no le hice nada en la clínica. Para que no se enterara de la verdad. Es una buena chica.

—Y le adora a usted como si fuera un dios.

—No soy tan malo. Tengo una carrera y unos experimentos que pueden revolucionar a la humanidad.

—Y un negocio de drogas.

—No. Eso, no. ¿Ve cómo se equivoca? A mí no me interesan las drogas. Yo hago lo que me piden y me dejan en paz. Eso es todo.

—Ya hablaremos, doctor. ¡Ah! Una última pregunta. Lesgard era el padre de Ingrid, ¿verdad? Bueno, de eso casi estoy seguro. ¿Fue usted quien le hizo una operación de cirugía plástica?

—No tengo por qué negarlo. Fue una obra maestra —replicó con orgullo.

—¿Y la madre?

—¿Quién?

—La madre de Ingrid.

—No sé nada de ella.

—Ingrid está en esa organización, obligada por algo. Eso salta a la vista.

—¿Piensa que la madre de la muchacha puede estar en peligro? ¡Oh, no! No sabe usted nada. Absolutamente nada.

—Más de lo que imagina, doctor. —Pero De Soto ya no pudo oír esas palabras, porque Mike acababa de inyectarle la dosis destinada a él. El efecto fue inmediato. El médico quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO XVI

Mike volvió, con el auto, a la carretera principal. En el portaequipajes llevaba el cuerpo de De Soto.

Aparcó el coche cerca de la entrada del edificio y aguardó la llegada del vuelo procedente de Nueva York, con escalas.

Eran las diez cuando desde el piso alto del aeropuerto donde podía dominar el *hall* principal y detrás de una columna para no ser visto, vio llegar a los pasajeros del vuelo procedente de Nueva York. Eran escasos. Seis, en total. Bill y Mark iban en cabeza. El último era un joven de veintipocos años, de pelo revuelto; llevaba un maletín y una gabardina colgada del brazo.

—Clay —dijo Mike para sí.

Bajó rápidamente la escalera y salió del edificio por una puerta lateral.

Bill y Mark habían cruzado el vestíbulo y salían ya para dirigirse al lugar donde habían dejado aparcado el automóvil que utilizaron para la ida.

Antes de que Bill, que llevaba la delantera, pudiera abrir la portezuela del auto, surgió por detrás la figura de Mike. Mark se volvió y quiso prevenir a su amigo, pero el detective, que no quería perder demasiado tiempo, iba armado de un palo de golf que había cogido de la maleta del coche de De Soto. Lo descargó por dos veces contra la nuca del tipo de la pelliza, que cayó como un fardo.

Bill se revolvió para encontrarse con que el mismo palo le daba de lleno en el estómago, un par de veces. Al encogerse, recibió otro par de estacazos en la cabeza que le dejaron fuera de combate.

Clay había sido testigo de la escena.

—Hola, Mike —saludó—. Es poco lo que les has hecho. ¡Malditos hijos de perra!

—Eso es sólo un anticipo. Ayúdame a cargarlos. En la maleta. Tú conducirás ese coche. Yo me ocuparé de otro tipo. Límitate a seguirme.

Cargaron los dos cuerpos inanimados en la maleta, pero antes Mike se apoderó de las armas que llevaban encima. Luego, Clay le entregó el maletín.

—La película está aquí. Hay también un pequeño proyector.

—Has pensado en todo.

—Llamé a Dawn, desde el aeropuerto, mientras esperaba el avión. Él se encargó de todo.

—Hablé con Dawn, hace unas horas, por eso supe en qué avión llegabais. Vamos. Sigue mi coche.

—Sí, Mike.

El detective subió al coche de De Soto, que seguía inconsciente en la maleta, y lo puso en marcha.

* * *

En la ciudad, un grupo de niños cantaba villancicos en la plaza donde estaba instalado el árbol monumental. El auto conducido por Mike rodeó la gente que escuchaba los cánticos y continuó hacia Conway Lane, seguido por Clay.

El detective condujo hasta la clínica. Se metió directamente en el garaje de la parte trasera del recinto. Igual hizo Clay.

Cuando bajaron de los respectivos automóviles, Clay inquirió:

—¿Los sacamos de ahí?

—Que se pudran. Ahora, quiero ver la película —replicó Mike.

—¿Qué lugar es ése?

—Una clínica. Aquí hay alguien en quien puedo confiar.

La extraña doctora Eva Adams franqueó la entrada a los dos hombres. Su pregunta era obligada:

—¿Qué ha pasado? ¿Y Steve?

—Luego hablaremos, Eva. Ahora, necesito comprobar algo. Éste es Clay, un buen amigo.

Eva no puso el mayor impedimento en que Mike pasara la proyección en la sala. La blancura de la pared servía como pantalla.

Una vez todo dispuesto, Mike puso en marcha el proyector y comenzaron a verse las primeras imágenes rodadas aquel diecisiete

de octubre.

El *zoom*, en movimientos bien calculados, alejaba y aproximaba sucesivamente la visión. Constantemente, la cámara se movía en panorámicas generales. Repetidas veces aparecían primeros planos del profesor Lesgard, así como los de los asistentes a la conferencia que se veían, bien de espaldas, bien de perfil.

Se acercaba el momento culminante. La cámara enfocó unos instantes las cortinas que servían de fondo y laterales del escenario. De repente, en el ángulo derecho de la pantalla, apareció la mano enguantada, empuñando un arma. Un dedo se cernió sobre el gatillo y el arma retrocedió levemente. Acababa de ser disparada.

En el siguiente plano, podía verse a Lesgard incorporándose. Su mano derecha, con un movimiento instintivo, voló hacia el pecho. Hizo una mueca de dolor. Luego cayó de lado y quedó en el suelo.

Mike recordaba perfectamente la escena que había presenciado «*in situ*». El revuelo que se armó, la sangre de la víctima, la policía corriendo hacia el escenario.

Recordaba también algo que no figuraba en la película. El teniente Cockhram, que pareció el más asombrado de todos.

«Si tiene que dar algunas órdenes, hágalo». Éstas fueron las palabras que Mike había dirigido al policía. Y Cockhram salió a escape del despacho.

Mike pensaba, también, en el tiempo que estuvo mirando a través del ventanal. Luego, cómo se apresuró a recoger la película y salir rápidamente, antes de que Cockhram regresara.

Apenas transcurrieron cinco minutos y la ambulancia ya se había llevado el cuerpo del infortunado profesor.

La película había terminado. Eva dio la luz y permaneció callada, como Clay. Todo era silencio en la habitación.

El detective rompió la pausa larga para dirigirse a su amigo.

—Tú eres bastante buen observador. ¿Has visto lo mismo que yo? En un momento de la película está la clave.

—La verdad es que... cuando la cámara enfoca a la gente, sólo se ven nuca peladas o melenudas. Hay algunas personas en los laterales y los policías. Supongo que algunos de paisano. ¡Espera! Quizá alguien, en un momento, entra por una puerta, cerca del escenario.

Mike no hizo ningún comentario. Fue Eva quien adujo:

—¿De veras esto puede servir para algo?

—Ha costado ya cuatro vidas. La de dos profesores, la de ese Joe, amigo de Ingrid, y la de Ben. Ésta es la que más me importa de todas.

—¿He dado en el clavo, Mike? —inquirió Clay.

—Vamos, tenemos que irnos. ¿Estás dispuesto a seguir ayudándome?

—¿Qué crees que estoy haciendo aquí? —repuso Clay.

Eva se interpuso entre Mike y la puerta.

—¿Y Steve? Prometiste contármelo.

—Lo siento, Eva. Es lo que yo me figuraba. Un canalla... O tal vez un infeliz, no lo sé.

—¿Dónde está?

—¿Dónde solía ir cuando no estaba en la clínica? —inquirió Mike, a su vez.

—Pues... Bueno, tenía un *bungalow* alquilado en...

—¿Una urbanización llamada Colorado? —preguntó él.

—Creo que sí. Yo no estuve nunca allí. Él iba a estudiar. Deseaba estar solo.

—Ya sé dónde está. Nos veremos, Eva.

—Pero, dime algo más... Quiero saber. No puedo creer que Steve... ¡Dios mío! ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¿Sabías que a tu querido doctor le gustan los experimentos?

—No sé...

—Pues yo sí. Quería hacer no sé qué conmigo. El mismo me lo ha confesado. —Y ya sin decir nada más, salió, seguido de Clay.

En el garaje, los dos compinches encerrados en la maleta. —Bill y Mark— intentaban removerse, pretendían salir, golpeaban.

Mike cambió una mirada con su amigo y éste abrió la maleta.

Lo primero que hicieron ambos al salir fue aspirar. Necesitaban aire más puro del que habían gozado durante su encierro, pero el detective apenas les dio tiempo. Sujetó a Mark, y comenzó a golpearle con dos potentes ganchos. Al estómago y al mentón. Clay se encargó de Bill, que trató de sobreponerse, pero no hizo más que caer a los brazos del detective, empujado por un tremendo uppercut.

Mike se despachó a gusto.

—Te gusta pelear, ¿eh? Te las das de matón. Demuestra lo que

eres.

Pero Bill apenas podía bailar al son de los golpes que recibía de uno y otro lado.

Mark, a pesar de su mayor envergadura, tampoco acertaba a pasar a la ofensiva, y así, durante unos minutos, los dos hombres estuvieron pasando de Mike a Clay, encajando potentes y bien calculados golpes, sin poder devolverlos.

Tanto el detective como su compañero golpeaban de forma sistemática, eran puñetazos que duelen, pero no atontan.

Cinco minutos bastaron para que ambos quedaran prácticamente irreconocibles. Como guiñapos sanguinolentos, se revolcaban por la grasienta superficie del garaje, jadeantes, y soltaban lamentos por los golpes recibidos.

—¿Qué hacemos con ellos? —inquirió Clay.

—Hummm. Ahora sólo serían un estorbo. Llamaremos al *sheriff* para que se haga cargo de ellos.

Salieron, utilizando únicamente el coche de De Soto, que seguía inconsciente en la maleta del vehículo. Mike salió un momento para cerrar el garaje, dejando la llave en la cerradura.

De camino, Clay hizo la llamada y regresó, diciendo:

—He fastidiado la Nochebuena a alguien.

—¿Y a ti no te la han fastidiado también, amigo?

—Bah. Ha valido la pena poder cascar a esos asesinos.

—Ésos sólo cumplían órdenes. Ahora vamos a buscar al cerebro.

—¿Lo has descubierto tú solo?

—Espero que sí. Es sólo una corazonada. —Se detuvo un momento ante un grupo de gente que escuchaba los villancicos que entonaban oíros niños y preguntó a alguien—. ¡Eh! ¿La urbanización Colorado?

El hombre le indicó el camino a seguir.

Diez minutos más tarde, después de acelerar a fondo el coche, llegaban a la urbanización.

CAPÍTULO XVII

Por el camino, Mike había pormenorizado a su compañero en qué fundaba sus sospechas, informándole someramente de todo lo acaecido desde que comenzó la historia.

Cuando detuvo el coche, Clay ya sabía lo que debía saber y cómo tenía que actuar, en adelante.

El detective tomó la delantera. La misión de Clay consistía en quedarse a la expectativa, fuera del *bungalow* número 42, al que correspondía el número del teléfono que Mike había marcado aquella tarde, y donde fue contestado por una voz de hombre.

Las edificaciones estaban bastante separadas, unas de otras, con jardines por medio, abundantes en cactus y otras plantas propias de los territorios cálidos.

Una simple ojeada bastaba para advertir que una buena parte de aquellas casas se hallaban desocupadas.

Incluso el número 42, por la oscuridad, parecía estar deshabitada.

Mike observó la construcción y, al fin, decidió dirigirse a la entrada principal.

—¿Quién? —preguntó una voz desde el interior.

—Soy un amigo del doctor De Soto.

Un tipo alto y fornido abrió la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Ya le he dicho que soy un amigo del doctor...

Una voz procedente de la sala contigua, intervino:

—Deja pasar al señor Bano.

Aunque el detective no podía ver a la persona que acababa de hablar, porque estaba al fondo de la sala, y la pared del *hall* se lo impedía, sabía perfectamente de quién se trataba.

Comprobó que no se había equivocado cuando apareció el hombre.

—Buenas noches, señor Bano.

—Buenas noches, señor Barnes. ¿Dónde tiene a su perro guardián?

—Sí se refiere a Cockhram, no le encontrará aquí. A estas horas, debe estar emborrachándose, con los suyos.

—¿Y se ha quedado usted solo en una noche como ésta?

—La verdad es que llamé a mi esposa para decirle que iba a cenar con ella, pero, a última hora, decidí cambiar de planes, y dejé que Cockhram se fuera solo. Tenía unas ganas locas de irse.

—Y usted de quedarse... —sonrió el detective—. Seguramente, para ver la película que le traen los muchachos.

—Exacto, señor Bano.

—Y por esta película, estaba dispuesto a todo. No ha vacilado en asesinar.

—El fin justifica los medios. ¿Dónde he oído esto antes? —Barnes sonreía con absoluta seguridad. El detective notaba tras sí la presencia del tipo fornido que le había franqueado la entrada.

Sin hacer caso del guardaespaldas, el detective comentó con frialdad:

—Usted no me necesitaba para que protegiese la vida del profesor Lesgard. Lo que deseaba, de verdad, era cubrir las apariencias delante de la opinión y tener un testigo más de su muerte. Pero mi película era un peligro para usted porque en ella aparece «toda la verdad» de lo ocurrido aquella tarde en la sala de conferencias de la Fundación Maldein.

—Muy interesante, siga. ¿Qué más sabe usted?

—Que el verdadero nombre del profesor no es Lesgard, sino Peers, y que el doctor De Soto le cambió el rostro.

Barnes sonrió cínicamente. Parecía divertirse la escena. Se sentía dueño de la situación, bien protegido.

—¿Sabe también quién es Ingrid?

—Me lo estoy figurando.

—Es la hija de Peers. Se lo explicaré. Jan Peers, hace años, decidió cambiar la idílica Noruega por la dinámica América. Se metió en líos y le salieron veinte años. Tan sólo cumplió unos cuantos, porque su amistad con De Soto le sirvió de mucho. Peers

consiguió huir de la cárcel y jamás fue encontrado porque el médico le cambió el rostro. Es un *hobby*, experimentar con seres humanos, y Peers se ofreció como cobaya. Era su última salida y así pudo cambiar de vida.

—¿Y usted... cuándo entra en escena? —inquirió el detective.

—A mí me unía una cierta amistad con De Soto, por asuntos de la fundación. Y él deseaba trabajar solo, pero carecía de medios. Yo le facilité esos medios, con dinero de mi propio bolsillo. Pensé que tal vez algún día podría serme útil.

—Todo esto es muy interesante Barnes. Menos lo del dinero. Todo el mundo sabe que la dueña de la caja fuerte es su esposa.

—Mi querida Marina subestima mi inteligencia. Soy muy ambicioso y ahora estoy en situación de convencer a mi esposa de que no la necesito para nada. Será un golpe para ella.

—¿Y por qué cree estar en situación? —inquirió Mike.

—Creí que lo sabía todo, Mike —sonrió Barnes.

—Prefiero que usted me lo confirme.

—Todo el mundo sospecha que una poderosa organización se encargó de asesinar a Lesgard para que no divulgara su fórmula antidroga, a fin de no estropear uno de los negocios más fabulosos de nuestra época.

—De acuerdo. Eso es lo que usted quiere que todo el mundo crea. Pero la verdad no es ésta.

—No.

—La verdad es que todo lo que ocurrió en la sala de conferencias la tarde del diecisiete de octubre fue una comedia.

—De acuerdo, fue una comedia.

—Usted no es tan importante como pretenden hacerme creer. Es simplemente una cabeza de ratón y cuando el león da un coletazo usted empieza a temblar.

—Siga.

—Los que están por encima de usted le encargaron la desaparición del profesor Lesgard, pero a usted no le interesaba que el profesor muriera, aunque no podía negarse a cumplir las órdenes recibidas de los jerifaltes. Así que decidió montar una comedia: el asesinato en público de Lesgard. Pero un asesinato falso. Sí, Barnes, falso. Porque Lesgard o Peers no murió aquella tarde.

Se hizo un silencio que fue interrumpido por la presencia de un

nuevo personaje, surgido de la puerta del fondo de la estancia: el profesor Lesgard.

—No, señor Bano. No he muerto. Y usted sabía que me encontraría aquí. ¿Verdad? Esta tarde reconoció mi voz por teléfono...

Mike asintió y seguidamente preguntó:

—¿Cómo se enteró de que Barnes quería matarle y cómo evitó que lo hiciera?

—Bueno —sonrió Barnes—. Ya que parece que estamos en familia, se lo explicaré. —Y volviéndose hacia el profesor añadió—: No hay ningún peligro, Peers. El señor Bano es inteligente y sabe que jamás saldrá de aquí con vida para contar todo esto.

Mike midió con la mirada al gorila que tenía a su espalda, pero no se inmutó.

—Peers me hizo chantaje —confesó Barnes—. Se enteró de mis planes, y escribió una confesión. La depositó en un Banco con la orden de ser abierta después de su muerte. Me tenía cogido.

—En esa confesión —terció Lesgard—, aportaba pruebas de la vinculación de Barnes con una red de traficantes de drogas.

—Lo imaginaba —murmuró el detective.

Barnes, como cualquier paranoico, parecía orgulloso de explicar su inteligente plan y prosiguió imparable:

—Quizá otro en mi lugar se hubiera achicado. Yo no. Delante de la organización cumplo perfectamente, puesto que oficialmente Lesgard está muerto y bien muerto y a cambio se me abre otro negocio fabuloso.

—¡Un momento! —interrumpió el detective—. Ya hablaremos del negocio. Ahora dígame. ¿Fue Ingrid quien efectuó el falso disparo?

Contestó Lesgard:

—Sí, señor Bano. Como comprenderá, tenía motivos para no creer demasiado en Barnes. ¿Y usted, cómo averiguó que no había muerto? ¿Por la película?

—Por la película y porque durante su conferencia no le quité el ojo de encima. El filme es, naturalmente, la prueba absoluta.

—¿Tan mal lo hice?

—No del todo. Sólo que cuando sonó el disparo, usted se llevó la mano derecha al pecho, a la altura del corazón y la sangre empezó a

fluir por el costado izquierdo. En la película se ve el movimiento de su mano izquierda hasta donde llevaba oculta la bolsa con el preparado rojo.

—Sí, es verdad, pero pensé que nadie lo advertiría. Mi verdadero temor era que alguien pudiera acercarse lo suficiente.

—Cockhram cuidó de impedirlo. ¿No es eso? —sonrió el detective—. Él también está en el juego.

—En eso se equivoca, señor Bano —intervino Barnes—. Cockhram se avino a lo de la comedia. Le convencí de que se trataba de salvar una vida... Y eso, según se mire, no es una grave transgresión de la ley. Por si acaso me apresuré a reforzar mi petición con un considerable estímulo económico. Eso raras veces falla.

—Ya. Y ahora... —El detective miró a ambos hombres—, los dos se han convertido en socios. Uno tiene pruebas contra otro y viceversa.

Y tras una pausa añadió:

—Y ese «otro» negocio que usted, Barnes, cree tener en puertas es hacer chantaje a todas las organizaciones de tráfico de drogas. Si no pagan una cantidad fija usted divulga el secreto. ¿Me equivoco?

—Bueno. Eso no lo haré personalmente. Voy a crear mi propia organización.

—Y cobrará dos veces por conceptos diferentes. Por vender y por chantaje. ¿De veras cree que esto le podrá durar mucho? No sea iluso. Si no le matan antes, la antidroga aparecerá el día menos pensado. Hay otros que investigan. Gente honrada que de verdad quiere atajar el mal y acabar con ese azote de la humanidad...

Iba a añadir algo más cuando hasta la casa llegó un grito del exterior:

—¡Mike! —Y el detective reconoció la voz de su amigo Clay.

El gorila avanzó hacia la puerta revólver en mano. Abrió y, al instante, el teniente Cockhram entró llevando a Clay encañonado, que se disculpó:

—Lo siento, Mike. Me dejé sorprender como un estúpido.

Cockhram reconoció al detective. Miró a los otros y preguntó:

—¿Qué diablos pasa aquí?

CAPÍTULO XVIII

—No sabe en el lío que se ha metido teniente —comentó Mike Bano.

—¿Qué dice ese tipo? ¿Qué significa esta reunión?

—Yo se lo diré —repuso Bano—. Le han utilizado para su provecho. Cockhram. Son vulgares traficantes de droga, y usted está metido en el fango.

El teniente estaba tan perplejo como furioso:

—Acláreme eso Barnes. ¿Qué insinúa ese sujeto?

—Hubiera sido mejor que te largaras, Cockhram —replicó Barnes.

—Quería saber cómo acababa este asunto. Hay algo que nunca vi demasiado claro. Creo que cometí una equivocación al colaborar en lo de la sala de conferencias... Pero quiero saber qué hay de eso de las drogas...

Por toda respuesta, Barnes hizo un ademán al gorila, que se había quedado atrás cubriendo toda posible retirada. El teniente advirtió demasiado tarde el peligro y cuando se volvió presto a disparar con el revólver que sostenía todavía en la mano recibió un balazo a bocajarro.

Antes de caer herido de muerte tuvo tiempo de apretar el gatillo a su vez alcanzando al gorila en la cabeza.

Ambos cayeron, empujándose uno al otro.

En la momentánea confusión, Lesgard trató de huir por la misma puerta del fondo por la que había hecho su aparición pero Clay, rápido de reflejos, le alcanzó, lanzándose contra él y derribándole.

Barnes sacó un revólver pretendiendo adueñarse de la situación:

—¡Quietos todos! —exclamó.

Mike Bano entró en acción lanzándose contra Barnes para

desarmarle. En la breve lucha el revólver del vicepresidente de la Maldein se disparó.

La bala perdida halló un blanco inesperado en el cuerpo del profesor Lesgard. Esta vez no hubo truco. Peers, alias profesor Lesgard, murió de verdad.

Barnes estaba a merced de los dos hombres, mientras por la escalera del piso superior alguien bajaba apresuradamente.

—¡Ingrid! —exclamó el detective.

La enfermera lanzó un grito al tiempo que corría hacia el cuerpo de su padre, comprobando al instante que ya nada podía hacer por él.

—¡Dios mío! —exclamó—. Todo esto... por nada.

Del exterior llegaba el ulular de las sirenas de dos coches de la policía.

Eran tres los automóviles detenidos frente a la casa. En uno de ellos había viajado Eva. Ella había conducido a la policía hasta la urbanización temiendo por la vida de Mike.

Ahora el *sheriff* estaba al frente de la situación.

El doctor De Soto, medio adormilado aún, se hallaba sentado en un diván de la casa, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor.

Después llegó el equipo de especialistas, y al fin, el representante de la ley, dirigiéndose a todos escupió:

—Han elegido la noche más hermosa del año. La que predica la paz... Primero en la calle, luego aquel par de tipos que dejaron en el garaje. Y para colofón, otros tres cadáveres.

—Yo no he elegido esta noche, *sheriff* —adujo el detective—. Se lo aseguro. Ya se lo he contado todo. Estoy a su disposición.

Ingrid, con impresionante serenidad, adujo:

—Yo le contaré toda la verdad, *sheriff*. Ahora ya no sirve de nada ocultarle.

Era justo la medianoche. De algún lugar lejano una voz grave entonaba Noche de Paz.

* * *

—Ya no podría seguir trabajando en este sitio —confesó Eva, dos días más tarde, abrazada a Mike.

—Vente conmigo. Ahora ya todo está aclarado. El asunto

pertenece al FBI.

—¿Dónde vas?

—A Nueva York. A mi casa. Tengo algo que hacer allí.

Eva estaba demasiado, aturdida para decidir por sí misma. El descubrimiento de la doble personalidad de De Soto había sido un duro golpe para ella. Accedió en seguir a Mike.

El veintiocho de diciembre, día de los Santos Inocentes, Mike Bano depositaba un simbólico ramo de flores en la tumba de su amigo Ben Tryley.

Eva, a su lado, escuchó cómo el detective murmuraba:

—No me sirve de consuelo que los culpables paguen el daño. Preferiría que siguieras vivo. Nunca te olvidaré, amigo mío.

La radio del automóvil de Mike transmitía las últimas noticias sobre el asunto:

«El fiscal hará responsable a Martin Barnes de la muerte del profesor Gilbert Gordon. Como recordarán Los que han seguido el caso, Gordon, que formaba parte del equipo del ahora muerto de verdad, profesor Lesgard fue asesinado para convencer a la opinión de que los criminales formaban parte de una banda de traficantes.

»La acusación ha sido formulada por Ingrid Peers, la hija del profesor Lesgard, que está dispuesta a repetir ante un jurado toda la historia en la que estuvo envuelto su padre».

Mike y Eva regresaron al auto. Para él el caso estaba cerrado. Para la doctora empezaba una nueva vida.

El detective puso en marcha el auto y cerró la radio.

FIN



María Victoria Rodoreda nació en Berga, provincia de Barcelona, aunque muy pronto se trasladaría a la capital, donde residió hasta su muerte, que tuvo lugar el 22 de julio de 2010 a los 79 años de edad. Allí conoció a su esposo, Juan Almirall Erliso (1931-1994)

que había comenzado a escribir guiones y novelas y fue quien la animó a presentar sus primeros trabajos en las editoriales, comenzando así una extensa trayectoria como escritora. Más adelante, y dado que la demanda de originales fue creciendo, extendiéndose a todos los géneros, ambos decidieron trabajar de forma conjunta. Como cabía esperar dado su lugar de residencia, María Victoria siempre se movió por las órbitas de las editoriales de la Ciudad Condal, Toray primero y más tarde Bruguera y Producciones Editoriales, heredera esta última de la también barcelonesa Ferma. Una peculiaridad de María Victoria Rodoreda fue su afición a coleccionar seudónimos, hasta el punto de convertirse en la más prolífica, en lo que a éstos se refiere, de todos los autores de ciencia-ficción popular españoles. Catorce en total. Los siguientes en orden de mayor a menor utilización: Marcus Sidéreo, Vic Logan, Rand Mayer, Al Sanders, Boris Marcov, Holm van Roffen, Ian de Marco, Joseph Lane, Mark Donovan, Rock

Marley, Douglas Kirby, John Talbot, Kent Duvall y John Randall. Este último, por cierto, era un seudónimo habitual de su esposo, pero fue ella quien lo utilizó para firmar la novela Cuando todo termine, número 8 de la colección Infinitum. Además de los ya citados bolsilibros de ciencia-ficción, su legado es muy extenso, abarcando la totalidad de los géneros: romántico, bélico, espionaje, policíaco, terror, oeste... sin que ni ella ni su esposo dejaran ninguno por tratar. Asimismo firmó con su propio nombre, M.

V. Rodoreda,

numerosos guiones para cómics de colecciones tales como Hazañas Bélicas, Serenata, Babette, El Dúo Dinámico, Hazañas del Oeste... Por último, adaptó guiones de cuentos clásicos editados principalmente por las editoriales Toray y Bruguera. A raíz del colapso de las colecciones de bolsilibros y de la práctica totalidad de la literatura popular a mediados de los años ochenta, que por lo general supuso un mazazo para todos los que habían hecho de ella su profesión, María Victoria se apartó del mundo editorial, mientras su esposo todavía continuaría vinculado a él durante algún tiempo alternándolo con otras actividades.